LOS CUATRO LIBROS DE LOS *DIÁLOGOS* DE SAN GREGORIO MAGNO (540-604)[1]

Introducción

En este año 2005 la sección Fuentes de nuestra revista estará dedicada a los *Diálogos* de san Gregorio Magno, estructurados en cuatro libros bien diferenciados y organizados, que se publicarán en cada uno de los cuatro números correspondientes. Para justificar esta publicación se da el hecho de tener una traducción propia de una obra tan valiosa para la historia de la espiritualidad cristiana; además es sabido que en ella ocupa un lugar privilegiado la vida de san Benito (*Libro* II), lo cual la hace muy estimada por los benedictinos. Habitualmente el lector está acostumbrado a leer sólo esta última vida, dejando de lado tres cuartos de la obra que, en rigor, forman una unidad bien estructurada y debe comprenderse como un conjunto. En efecto, toda la obra gira en torno a la vida de santos italianos relativamente contemporáneos a san Benito, que san Gregorio presenta con rasgos muy coloridos y maravillosos.

Por otra parte el género literario elegido por san Gregorio para esta obra (diálogos), junto con el estilo hagiográfico utilizado (narraciones de milagros), presentan cierta resistencia al hombre de hoy. Sin embargo es importante saber que se trata de una de las obras más leídas por los cristianos y monjes medievales, tal como queda atestiguado por la cantidad de manuscritos que nos han llegado. Es por eso que, a modo de introducción, se debe poner el acento en aquellos elementos que permitan entender el mensaje tanto teológico como espiritual que en ellos se trasmite para llegar a entender también qué fue lo que hizo de

[1] Introducción del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina).
Traducción de la Hna. Ana María Santángelo (Abadía de Santa Escolástica, Victoria, Buenos Aires, Argentina).

esta obra una lectura fundamental para todo cristiano entre los años 600 y 1100.

Para los benedictinos, acostumbrados a leer solamente el *Segundo Libro* (con la Vida de san Benito) será un instrumento para conocer la obra completa y releerla a la luz del conjunto. Es cierto que la Vida de san Benito se entiende por sí misma y no ofrece ningún obstáculo para ser comprendida por el lector. Sin embargo esa Vida toma un mensaje más rico y completo cuando se la considera dentro del conjunto de todas las vidas que componen los cuatro libros de esta obra. Y ello puede ser una gran contribución para enriquecer el mensaje que san Gregorio quiere dar a los monjes que siguen su regla.

1. Vida de san Gregorio Magno

San Gregorio Magno nació en Roma el año 540, en el seno de una familia noble. Poseían en el monte Celio la "villa" familiar que más adelante pasará a ser el monasterio de Gregorio y desde donde partirán los monjes que evangelizaron el sur de Inglaterra (Agustín de Cantorbery).

El tiempo en el que nace Gregorio estaba marcado por la decadencia romana, pero también por la presencia de signos de una nueva cultura, cristiana y monástica, que constituyeron los monasterios, como escuelas de vida no sólo personal sino también social y económica. Así en el sur de Italia *Vivarium*, fundado por Casiodoro; en el centro *Montecassino*, fundado por san Benito, y en el norte *Bobbio*, donde morirá san Columbano. Pero junto a ellos Gregorio conoce toda una constelación de nuevos *héroes* que sostienen esta nueva humanidad: los santos, de los que hablará largamente en los *Cuatro Libros de los Diálogos*. Detrás de toda esta cosmovisión cristiana hay, para san Gregorio, un ejemplo muy concreto y palpable: su familia. Su formación cristiana no sólo fue de principios sino de ejemplos: sus padres, Gordiano y Silvia, y sus tías, Társila y Emiliana, están en el número de esos hombres de Dios que conoció personalmente.

Muy preparado en derecho, tal como el emperador Justiniano había concebido al funcionario de su corte, vivió un dilema personal acerca de la orientación de su vida. Mientras tanto es nombrado prefecto de Roma. Sin embargo la situación era insostenible. Entonces toma la decisión definitiva: convertir su palacio en monasterio y consagrarse al estudio de las Escrituras. De este modo se convierte en un eslabón que unirá al mundo de los Padres de la Iglesia con el medioevo que

estaba naciendo pero con destino incierto. Gregorio es el primer hombre medieval que señala los caminos que guiarán a los cristianos en los siguientes cinco siglos. Y lo hará con esa obra hoy muy poco conocida: los *Diálogos*. Gracias a ello Gregorio da forma a ese saber nuevo, la *ciencia espiritual*, que es un saber tanto de Dios como del hombre.

Benedicto I lo envió como *apocriciario* (delegado papal) a Constantinopla, donde pasó ocho años y consolidó su amistad con Leandro de Sevilla (más tarde, juntos, conseguirán convertir a los visigodos del arrianismo a la fe católica). Vuelve a Roma para vivir el desbordamiento del Tíber que produjo muchas calamidades en la ciudad. La peor de todas era la muerte de Pelagio, el Papa que sucedía a Benedicto. Siendo diácono fue elegido nuevo Papa por el clero, el senado y el pueblo. El resto de su vida añorará la vida en el monasterio que ha debido dejar.

Escribió la *Regla Pastoral*, obra maestra para todo Pastor de la Iglesia, que orientó a tantos obispos durante la Edad Media. Compuso cuarenta homilías sobre los Evangelios. Fomentó la vida litúrgica y compiló textos litúrgicos en el Sacramentario que lleva su nombre. Se conserva su Epistolario, que contiene 859 cartas, las 22 homilías sobre Ezequiel y el comentario a los libros de Job o las *Morales*[2].

2. *Los Cuatro Libros de los Diálogos*

En torno al año 1987 se suscitó una polémica respecto al autor de los *Libros de los Diálogos*, fruto del trabajo de investigación de F. Clark que, en dos volúmenes, lleva el título *The Pseudo-Gregorian Dialogues.* En él su autor sostiene una vieja tesis que considera que, por un silencio que se da en los diez años siguientes a la muerte del Papa (604-614), la obra habría sido compuesta por un discípulo que aprovechó su familiaridad con san Gregorio para copiar su estilo y decir que la obra habría sido dejada por el mismo Papa, aunque el verdadero autor fuese él.

[2] Hoy se excluye de su obra el *Comentario al 1º Libro de los Reyes.* Uno de los valores de esta obra era el de contener algunas citas textuales de la *Regla* de san Benito, con lo que se podía presumir su conocimiento de dicha *Regla*. Hoy se sabe que Gregorio, tal como dice en el *Segundo Libro de los Diálogos,* conoció que san Benito de Nursia escribió una regla para monjes, pero nada más. Para todo esto ver VOGÜÉ A. de, *L'auteur du Commentaire des Rois attribué à saint Grégoire: un moine de Cava,* en *Revue Bénédictine* 106 (1996) 319-331.

Esta tesis, que rompe con catorce siglos de tradición indiscutida, fue rápidamente refutada por importantes estudios que se pueden encontrar en la bibliografía. Los argumentos en contra los brinda el mismo estudioso al no presentar de modo consistente sus hipótesis, haciendo muchas veces que la obra, en cuanto a su valor histórico, tenga el carácter de una novela de suspenso que no refleja plenamente la realidad.

Más allá de toda esta polémica, la tradición de 1400 años ha suscitado estudios y reflexiones acerca de la riqueza del *Libro de los Diálogos* de san Gregorio Magno. ¿Qué es lo que el Papa quiere señalar con todos estos santos que florecen en plena decadencia del mundo romano? Una de las respuestas es: el hombre sólo se constituye como tal en su relación con Dios, bajo su mirada. Ante la mirada contemplativa de Dios, ante su presencia, el hombre se hace presente a sí mismo. Es aquel mismo asombro que hacía decir a san Agustín:

> ¡*Tarde te amé, oh belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tu estabas dentro de mí, y yo estaba fuera de mí mismo...Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.*

Es desde esta clave que se afirma que detrás de los personajes tan variados que se presentan en los *Diálogos* se encuentra el drama del mismo Gregorio[3], Papa ocupado en los problemas del mundo, pero lejos de esa presencia de Dios que le era tan habitual en su monasterio. También se ha dicho que detrás de esos personajes se esconde todo hombre[4], que puede encontrar, en la variedad de personajes que aquí encuentra, la forma de resolver esa tendencia tan destructiva a vivir ausente a Dios y a sí mismo. Finalmente cabe decir que Gregorio busca por medio de este género literario del *diálogo* que el lector se encuentre a sí mismo ante la mirada del divino Espectador y construya su vida en su Presencia.

El *Primer Libro* comienza con la vida de Honorato, monje fundador del monasterio de Fundi. Con él Gregorio sienta las bases del "hombre de Dios" que encuentra en todo monje y que él mismo había

[3] VOGÜÉ A. de, *De la crise aux résolutions: les Dialogues comme "histoire d'une âme"*, en *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* (Grégoire Le Grand, Chantilly 1982), 305-314.

[4] CONTRERAS E., *El Libro de los Diálogos de San Gregorio el Grande*, en *CuadMon* 57 (1981) 227-232.

sido, antes de abandonar ese estado de vida para ser Papa. Le siguen las vidas de otros monjes, todos caracterizados por su aspiración por las cosas de Dios. Siguen las vidas de tres obispos: Marcelino, Bonifacio y Fortunato. Concluye con las vidas de tres monjes más y de un sacerdote.

El *Segundo Libro* es el más conocido por contener la vida de san Benito de Nursia. En él Gregorio parece encontrar al monje consecuente hasta el fin con su ideal de vivir en la presencia de Dios, dejando para ello todo lo que estorba en el camino. Es el *vir Dei,* poseído del espíritu de todos los justos, en quien Gregorio encuentra el ideal de santidad. Tanto la extensión que consagra a la vida de san Benito como los contenidos que le refiere muestran que su figura jugaba un papel muy importante en la vida de Gregorio.

El *Tercer Libro* está dedicado a personajes muy variados: obispos, sacerdotes y laicos, dejando la figura protagónica que los monjes habían tenido hasta aquí. Sin embargo el verdadero protagonista sigue siendo, a lo largo de estos tres libros, el milagro, como signo de santidad y presencia divina en este mundo.

El *Cuarto Libro de los Diálogos* se presenta como más doctrinal, más teológico. Sin embargo busca ser como el marco de referencia para todo lo hasta ahora dicho y los personajes que se presentan están siempre en íntima relación con el misterio eucarístico que Gregorio quiere abordar antes de concluir su obra.

3. El hilo conductor de los *Diálogos*: el Misterio Eucarístico

En efecto, todo comienza con una queja característica de Gregorio por la vida de exilio en la que se encuentra sumido debido al pecado de Adán y a la pérdida del Paraíso, lo que a su vez se materializa en las múltiples tareas y preocupaciones de su pontificado. En ese Paraíso una de las mayores alegrías del hombre era la de "saborear las palabras de Dios" en su presencia[5], cosa que puede hacer ya en este mundo, aunque de modo distinto, escrutando la Palabra contenida en las Escrituras y creciendo con ella a lo largo de esta vida. Los santos son los que desde este mundo hacen la experiencia de las cosas espirituales

[5] "En el paraíso, el hombre había tenido la costumbre de saborear las palabras de Dios (ver *Gn* 2,16s) y de comunicarse, en virtud de la pureza de su corazón y de la elevación de su mirada, con los espíritus de los bienaventurados ángeles. Pero después de haber caído hasta aquí abajo, se apartó de aquella luz espiritual que lo llenaba" (*Dialog*. IV,I,1).

y por eso viven en el deseo del Paraíso, que otros ni siquiera oyeron nombrar. Sin embargo no habría santos si Dios no hubiese enviado a su Hijo hecho carne para abrir nuevamente las puertas del Paraíso por su Misterio Pascual. En ello consiste la fe: en la garantía de las cosas que se esperan, en el retorno al Paraíso.

Llegados a este punto el razonamiento hace un giro inesperado: Gregorio, que añora la vida en el monasterio como el Paraíso, donde vivía en la presencia del divino Espectador, cuyos ángeles le rinden homenaje y le hacen de emisarios ante su Trono, donde la oración fluye corriente, donde se vive en eterna comunión con todos estos santos, todo ello, descubre Gregorio, se realiza en el Misterio Pascual de Cristo, es decir, en la Eucaristía que por eso mismo tiene un sentido fuertemente escatólogico. Dice al respecto el padre A. de Vogüé en un trabajo publicado después de su edición de los *Diálogos* en la colección *Sources Chrétiennes*:

> *Caído del monasterio en este mundo, Gregorio decide volver a ponerse en marcha hacia el Paraíso perdido. Pero de éste no puede recuperar el cuadro claustral que aseguraba su quietud. Sin embargo una cierta medida de interioridad y contemplación es recuperable. Es eso lo que se aplica a sí mismo al hablar del "sacrificio cotidiano de las lágrimas" (Dialog. IV, LVIII) que acompaña el de la Misa, y el de la compunción, que debe prolongar ininterrumpidamente los beneficios de ésta.*
>
> *En el corazón mismo de esa esperanza de elevación espiritual se encuentra evidentemente el acto mismo de la Celebración Eucarística. En ella Gregorio tiene el sentimiento de recuperar un instante los bienes más preciosos de su Paraíso perdido. A la hora de la inmolación, las "cosas celestes" que ocupaban sus pensamientos en el monasterio descienden sobre el altar y se unen a las terrestres (Dialog.I, Prol. 3). Los ángeles con los que Adán conversaba están también allí. El "invisible" desaparecido tras la caída no hace sino uno con el visible... Brevemente, todo aquello de lo que antes gozaba su contemplación, ahora lo recibe por la fe...*
>
> *Si ha perdido la vida contemplativa, Gregorio ha encontrado una suerte de sustituto en el "misterio de Jesucristo" que celebra como obispo. Con toda evidencia esas páginas fervientes sobre la Misa proceden de su experiencia sacerdotal. Aunque le haya quitado lo más querido, el episcopado le ha procurado una suerte de descubrimiento del misterio eucarístico, ese descubrimiento que se hace*

> *cuando se comienza a celebrar en persona. Y esta apreciación del acto sagrado es en él mucho más vivo que el verse privado de todo el resto. La Misa se le presenta como la única tabla de salvación que le queda, su única esperanza de no sucumbir en la "tormenta" de los negocios del mundo. Tal vez también el sacrificio de Cristo habla de modo especial a este hombre que ha debido sacrificar su propio bien espiritual por el servicio de la Iglesia. En todo caso es claro que, en su existencia desolada, la hora de la celebración es aquella en la que encuentra algo de los gozos místicos de su vida pasada.*
>
> *Por otra parte, no es para él solo que dice estas cosas en la conclusión al libro de los "Diálogos". Todo ese pasaje está construido en "nosotros". Personalmente comprometido como primer jefe, Gregorio no se separa de sus lectores. Es con todo ese pueblo que este monje, hecho pastor, sale a la conquista del Paraíso. Juntos, tomarán la Misa como base para un esfuerzo de retorno. A partir de esta experiencia sacramental del invisible, ellos (todo el pueblo cristiano) intentarán cultivar la compunción, prolongando lo más posible los sentimientos que ella ha suscitado o reavivado*[6].

Y un poco antes decía:

> *Sin embargo no basta cumplir la acción litúrgica. Ésta, para obtener su efecto de gracia, debe estar acompañada de un triple esfuerzo: en primer lugar quien ofrece la víctima eucarística debe ofrecerse él mismo en sacrificio, "imitando lo que realiza"; luego debe esforzarse por guardar continuamente en el corazón, después de la liturgia, la compunción con la cual ha celebrado ésta; finalmente debe perdonar a todos aquellos que lo han ofendido, condición "sine qua non" del perdón que él mismo desea obtener para sí mismo*[7].

En efecto, Gregorio, el maestro de la compunción del corazón en las *Morales* sobre Job, encuentra en la Eucaristía la síntesis perfecta de toda aquella espiritualidad monástica que había aprendido de los primeros santos monjes. Es más, ve en la vida de los monjes y de sus santos una realización concreta y cotidiana del misterio eucarístico y pascual, tal como lo presenta en la conclusión de los *Diálogos.* San Benito

[6] *Eucharistie et vie monastique,* en Coll. Cist. 48 (1986) 127-128.

[7] *Eucharistie et vie monastique,* en Coll. Cist. 48 (1986) 126.

por ejemplo, es el hombre de Dios que cada día prolonga en su celda la compunción del corazón (*Dialog*. II, XVII); hace de la vida monástica una oblación (*Dialog*. II, III, 14); perdona a sus perseguidores (*Dialog*. II, VIII, 7), y que descubre la presencia de Cristo resucitado al decir al visitante inesperado y providencial: "ahora sé que es Pascua porque tú has venido" (*Dialog.* II, I, 7). En cada Eucaristía, como en la vida de cada santo, el cielo se abre sobre la tierra y fecunda con toda suerte de milagros la vida de sus devotos.

En las últimas expresiones del pasaje citado Gregorio dice que el que celebra la Eucaristía debe "imitar" en su vida lo que celebra en el culto. Este texto, que ha pasado al ritual de ordenación presbiteral, es un claro reflejo de la espiritualidad litúrgica patrística. Según ella es en la vida cotidiana donde se consuma el Misterio Pascual de Cristo, tal como Ignacio de Antioquía señalaba a los romanos antes de padecer el martirio:

> *No me procuréis nada que no sea el ser ofrecido en libación a Dios, ya que el altar está preparado, a fin de que reunidos en coro en la caridad, cantéis al Padre en Cristo Jesús, pues Dios se ha dignado hacer que el obispo de Siria se encontrase en el Occidente, enviado desde Oriente... Soy trigo de Dios, y seré molido por los dientes de las fieras, a fin de ser encontrado pan puro de Cristo... Entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ni siquiera vea mi cuerpo. Implorad a Cristo por mí, para que, por instrumento de las bestias, sea una víctima ofrecida a Dios (Carta a los Romanos II,1-IV,1).*

Este es el concepto litúrgico de la "imitación de Cristo" que contienen los *Diálogos* de Gregorio. Según él todo lo que acontece en la vida del cristiano es reflejo de los misterios de Cristo celebrados en la liturgia, y principalmente en la Eucaristía.

Este misterio eucarístico-pascual, como eje de la vida de sus santos, pero también como respuesta a su anhelo más profundo del Paraíso perdido, anima los *Diálogos* desde el prólogo del *Libro I* hasta la conclusión del *Libro IV*. Y es a partir de allí que Gregorio, contra la costumbre de su época que era la de una celebración semanal, aconseja la Misa cotidiana, lo que está en el origen de la llamada "misa gregoriana", que eran treinta misas seguidas, cosa muy extraña para su época y que la Iglesia recién oficializará de modo pleno cien años después de su muerte. Sin embargo este detalle sería de un interés trivial si no se

entendiera que Gregorio, al concluir así los *Diálogos*, está diciendo que ser monje es ser ofrenda viva. Es ser hostia (holocausto), que es lo que dice el mismo Papa en otro texto[8] pero que ahora es el marco final con el que cierra el mensaje del *Libro de los Diálogos*:

> *Pero es necesario, cuando hacemos esto, que nos inmolemos a nosotros mismos a Dios, mediante la contrición del corazón, porque cuando celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Esta será, entonces, una verdadera hostia ofrecida a Dios por nosotros, si hace de nosotros mismos una hostia (Dialog IV, LXI,1).*

Como dijimos más arriba: este hilo conductor de los *Diálogos* es de gran provecho para quien quiera captar la unidad de estos relatos tan pintorescos y diversos, y para ubicar en esta referencia eucarística la vida del venerable hombre de Dios, san Benito, que se encuentra en el corazón mismo de esta obra y de la vida de san Gregorio.

4. El género literario hagiográfico

Un dato que creemos importante señalar para ayudar a la ubicación del lector ante esta obra de Gregorio Magno es que durante el período de los Padres de la Iglesia y del primer medioevo, los cristianos no tenían el sentido de ruptura histórica que se da ahora entre los cristianos del siglo XXI y los sucesos del Antiguo y Nuevo Testamento. El hombre moderno vive una línea histórica que considera paralela a la bíblica. Ésta tiene un carácter más fantasioso que histórico. Esto no sucedía con el hombre de los primeros siglos de la Iglesia quien se consideraba deudor y continuador de dicha historia. Esta perspectiva lo hacía particularmente sensible a las cosas que en las Escrituras se cuentan. Esta sensibilidad es la que llevaba a que san Benito dijese:

> *Si se trata de tiempo en que no se ayuna, después de levantarse de la cena, siéntense todos juntos, y uno lea las* Colaciones *o las* Vidas de los Padres*, o algo que edifique a los oyentes, pero no el Heptateuco o los Reyes, porque no les será útil a los espíritus débiles oír esta parte de la Escritura en aquella hora. Léase, sin embargo, en otras horas (*RB *42, 3-4).*

[8] *Homilías sobre Ezequiel* II,8,15-22.

Las historias de guerras y matanzas que contienen esos libros no eran, para estos monjes del siglo VI, cosas lejanas o casi fantásticas. Era la historia de los predecesores en la fe, a quienes estaban unidos como un ciudadano a los próceres de su patria. Pero más todavía, cuando esa historia era la del pueblo elegido, entonces eran más fuertes los lazos de comunión y continuidad. Los cristianos de los primeros siglos se sabían continuadores de una historia de la salvación que había comenzado en el Antiguo Testamento, que había tenido su cumplimiento en el Nuevo, y que en la Iglesia alcanzaba su plenitud. Con esta conciencia, los cristianos, y particularmente los monjes, encontraban en las Sagradas Escrituras algo más que un libro santo para realizar el ejercicio piadoso de la *lectio divina*. Ellos encontraban, más bien, en la página sacra, un espejo de sus vidas y un anuncio de lo que debían ser. Por eso el santo era fácil de reconocer. Si en él se daban los rasgos de los grandes santos de la Biblia, entonces era un signo inequívoco de que en ellos continuaba la historia de la salvación que pronto llegaría a su culminación.

Sin embargo hay que considerar el proceso inverso, que es el que Gregorio realiza en los *Diálogos*: hay una *lectio divina* de la vida de los grandes hombres, pero finalmente, de todo hombre. Es decir, hay que saber leer con los ojos de Dios las cosas cotidianas que encierran, detrás de lo monótono y habitual, una realidad fantástica, como la vida de estos santos.

Es por esto que Gregorio presenta a san Benito con esos rasgos marcadamente bíblicos que hacen exclamar a su diácono Pedro:

> *PEDRO: Lo que cuentas es admirable y del todo asombroso. Porque a mi parecer, el agua que manó de la piedra, recuerda a Moisés* (ver *Nm* 20,7ss)*, el hierro que volvió desde lo profundo del agua, a Eliseo* (ver *2 R* 6,5ss)*, el caminar sobre las aguas, a Pedro* (ver *Mt* 14,28ss)*, la obediencia del cuervo, a Elías* (ver *1 R* 17,4ss)*, y el llanto por la muerte del enemigo, a David* (ver *2 S* 1,11s)*. Según lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos.*
>
> *GREGORIO: Pedro, el hombre del Señor Benito tuvo el espíritu de Uno solo, el de Aquel que por la gracia de la redención que nos fue concedida, llenó los corazones de todos los elegidos. Es El de quien Juan dice: "Era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre"* (*Jn* 1,9)*. De Él escribió también: "De su plenitud, todos nosotros hemos participado"* (*Jn* 1,16)*. Porque los santos pudieron obtener de Dios el poder de obrar milagros, pero no el*

de transmitir este poder a los demás. Pero Este concede a sus fieles estas señales milagrosas, el mismo que prometió dar a sus enemigos la señal de Jonás (ver *Mt* 12,39 y 16,4).

La santidad se mide por signos muy objetivos, y ellos pueden referirse, después del misterio de Cristo celebrado en la liturgia, a la experiencia de los grandes personajes de las Escrituras y, por supuesto, a Cristo. Con palabras de Calati podemos decir:

> *La hagiografía medieval tiene la preocupación por demostrar cómo se vive la Sagrada Escritura para terminarla y completarla. Es el tema general al que obedece este tipo de literatura religiosa. El santo, en la mente del hagiógrafo medieval, particularmente el monje santo, es aquel que realiza plenamente la economía divina según el trazado histórico de la Biblia. Toda la trama general de cada "vita" obedece a esta idea: se trata de poner en evidencia cómo el hombre creado por Dios es puesto en el Paraíso histórico de la Biblia; expulsado después por el pecado, debe retornar por la gracia de Cristo. Obedeciendo a este tema de Historia Sagrada, cada hagiógrafo hace gravitar la vida de su héroe en torno a un esquema que reducimos a estos puntos esenciales: la "llamada"; la "tentación"; "amistad con Dios"; la "paternidad espiritual"; la integridad o virginidad absoluta; la plenitud del espíritu (manifestada en los justos del Antiguo y Nuevo Testamento)*[9].

Esto queda sintetizado en la famosa expresión que Gregorio repite en otros pasajes de sus obras: la Escritura crece con el que la lee[10]. Como la Escritura no queda reducida a un texto sino a la vida del Espíritu Santo que la inspira, esa vida continúa en la Iglesia y, principalmente, en aquellos grandes santos que supieron ser dóciles a sus impulsos.

Habiendo tantos signos de la presencia del Espíritu Santo en la vida de los justos san Gregorio elige uno en particular: el milagro, que es el signo por antonomasia, tal como los presenta en los *Diálogos*.

[9] CALATI B., *Spiritualità monastica*, en *Vita Monastica* 13 (1959) 8-10. El autor señala que si bien se refiere a la hagiografía en general, sin embargo está pensando sobre todo en la vida de san Benito escrita por Gregorio Magno.

[10] *Scriptura sancta cum legentibus crescit* (*Ep.* L IV,31; *Mor.* L XX,1).

5. El Milagro.

El objeto primordial de los *Diálogos* es el de contar los milagros de los santos que han vivido recientemente (s. VI) en Italia. Más allá de lo pintoresco de ellos, Gregorio invita al lector a captar la significación de los mismos. Y es aquí donde los *Diálogos* han suscitado todo tipo de interpretaciones, que pueden reducirse a tres: interpretación hitórica, simbólica, y una combinación de las dos.

En primer lugar el milagro es para Gregorio una señal de Dios que revela la virtud de un santo. Y por eso los milagros tienen una enseñanza, ante todo, moral. Los relatos dejan una enseñanza clara. Esa referencia del milagro a la virtud es el motivo mismo de los *Diálogos* de Gregorio. En muchos casos el relato parece estar dirigido a las virtudes heroicas del santo, olvidando por un momento sus milagros mismos. De modo muy frecuente las virtudes de la humildad y la paciencia parecen superar los milagros más llamativos de sus santos, incluyendo la resurrección de un muerto.

Por ello el P. de Vogüé no duda en afirmar que para Gregorio el milagro, siendo un signo de la virtud, sin embargo le es inferior[11]. Y sigue: *lo exterior no se compara a lo interior, lo visible a lo invisible. La verdadera grandeza está adentro. Por eso lo que debe buscarse no son los signos sino la vida*[12].

La humildad es la virtud de todos estos santos, la que edificó su ser en conformidad con Cristo y no dejó que se perdieran en el orgullo que suscitan las buenas obras y los milagros. Esa virtud de la humildad es la garantía de toda su actividad, ya no sólo de taumaturgo sino también de maestro de doctrina, como fue san Benito. Así dice san Gregorio de san Benito:

> *Me sería agradable, Pedro, contarte todavía muchas cosas con respecto a este venerable padre, pero a propósito pasaré por alto ciertos detalles, ya que deseo dedicarme, con la prontitud posible, a la exposición de los hechos de otros hombres. Sin embargo, quisiera que no ignores que el hombre de Dios, además de tantos milagros por los que se destacó en el mundo, se hizo célebre también de una*

[11] *GRÉGOIRE LE GRAND: Dialogues. Introduction, bibliographie et cartes par* Adalbert de Vogüé, Eds. du Cerf, Paris 1978 (Sources Chrétiennes 251), 87.

[12] *Id.*

manera notable en virtud de la palabra de su doctrina. Porque escribió una regla monástica, importante por su discreción y clara en su lenguaje. Si alguien quiere conocer más profundamente su vida y sus costumbres, podrá encontrar en la misma enseñanza de la regla todos los principios de su magisterio, puesto que el hombre santo de ningún modo pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió (Dialog. II, XXXVI).

El orden que Gregorio establece en la vida de sus héroes es: 1. santidad de vida; 2. enseñanzas y 3. milagros. Sin embargo los milagros son el sello final de que todo ello es la obra de Dios. Los tres factores constituyen una unidad: milagros que son signos de una santidad de vida, enseñanza que es fruto de la santidad de vida. Y así exhorta al lector a saber discernir lo importante al decir:

Pero para que no te admires por más tiempo de lo que el venerable Santulo ha hecho exteriormente por el poder del Señor, escucha lo que era interiormente en virtud de este mismo poder (Dialog. III, 37,9).

Finalmente, agrega el P. de Vogüé[13], en el libro de los *Diálogos* el milagro no está al servicio de una apolegética que confirma con ellos la veracidad de la fe. El milagro de los *Diálogos* está en relación con la virtud y su finalidad es la edificación de las almas. Y esto se da de un modo particular en la Italia del siglo VI, cuando la Iglesia se está afianzando, tal como sucedió en Jerusalén el día de Pentecostés. Para Gregorio, Italia está viviendo esa consolidación de la Iglesia con signos y prodigios que dan testimonio de los santos, como la Iglesia que nacía en los *Hechos de los Apóstoles*.

6. El *Primer Libro de los Diálogos*

Como guía para una lectura del *Primer Libro* que ahora presentamos, se debe recordar lo dicho acerca del carácter autobiográfico con el que se abre. Gregorio se lamenta del estado espiritual en que se encuentra debido a tener que dejar el monasterio, su retiro, su contemplación, y asumir las variadas tareas del primer pastor de la Iglesia.

En medio de ese dolor el recuerdo de los santos que han deja-

[13] *Id.*, 92.

do el mundo y vivido en el retiro le sirven de consuelo. En efecto, en este *Primer Libro* Gregorio piensa más en la vida monástica de sus personajes que en sus milagros, esa vida que se desarrolla ante el divino Espectador y está entregada a su servicio. Es así como Gregorio, en este libro, presenta a monjes: tres del monasterio de Fondi, a Euquicio, fundador del monasterio de Valeria, junto con otras figuras menos relevantes. Luego son presentados personajes diversos, desde obispos hasta sacristanes, todos ellos unidos por el signo de la santidad.

Como señala el P. de Vogüé, salvo el primer grupo de tres monjes, los demás tienen la particularidad de ser presentados de a dos. Ello se debe a que pertenecen a una misma región (la Campaña y el este de Roma, por un lado, y la misma Roma, por otro), o los une una profesión o amistad particular. Gregorio juega con los contrastes para que cada uno de ellos resalte la figura del otro por algún rasgo particular.

Finalmente el lector debe recordar que en este *Primer Libro* Gregorio va construyendo esa inclusión que pondrá de manifiesto en el último libro que los santos, con sus vidas, han recorrido el camino de retorno al Paraíso y que su clave secreta está en la entrega de su vida como ofrenda, hostia viva, que se renueva y fortalece en cada Eucaristía, y que ese es el camino que siguió el mismo Papa.

Bibliografia

AA.VV., *Grégoire le Grand, Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* (Grégoire Le Grand, Chantilly 1982), Paris 1986.

BOESCH GAJANO, S., *La proposta agiografica dei "Dialogi" di Gregorio Magno, SM* 21 (1980), 623-664.

BRUCE, F.F., *Literature and Theology to Gregory the Great, Journal of Ecclesiastical History* 18 (1967), 227-231.

CARLUCCIO, G., *The seven steps to spiritual perfection according to St Gregory the Great,* Ottawa 1949.

CATRY, P., *Parole de Dieu, amour et Esprit Saint chez Saint Grégoire le Grand*, Bellefontaine 1984.

CAVADINI, J. C., ed., *Gregory the Great*. University of Notre Dame Press, 1996.

CLARK, F., *The Pseudo-Gregorian Dialogues. Studies in the History of Christian Thought*, 37-38. Leiden 1987.

CRACCO, G., *Ascesa e ruolo dei "viri Dei" nell'Italia di Gregorio Magno*

in *Hagiographie, cultures et société. IVe-XIIe siècle*, Paris 1981, 283-297.
CRACCO, G., *Uomini di Dio e uomini di Chiesa nell'alto medioevo. Per una reinterpretazione dei "Dialogi" di Gregorio Magno, Ricerche di Storia sociale e religiosa* 12 (1977) 163-202.
CREMASCOLI, G., *"Novissima hominis" nei Dialogi di Gregorio Magno,* Bologna 1979.
CREMASCOLI, G., *Se i Dialogi siano opera di Gregorio Magno: due volumi per una vexata quaestio, Benedictina* 36 (1989) 179-192.
GODDING, R., *Les Dialogues de Grégoire le Grand. A propos d'un livre récent, Analecta Bollandiana* 106 (1988), 201-229.
LECLERCQ, J.; VANDENBROUCKE, F.; BOUYER L., *The Spirituality of the Middle Age*. London, 1968.
McCREADY, W., *Signs of sanctity. Miracles in the thought of Gregory the Great,* Ontario, 1989.
PETERSEN, J.M., *The Dialogues of Gregory the Great in their Late Antique,* Toronto, 1984.
VOGÜÉ, A. de, *GRÉGOIRE LE GRAND: Dialogues. Introduction, bibliographie et cartes par*, Eds. du Cerf, Paris 1978 (Sources Chrétiennes 251).
VOGÜÉ, A. de, *GRÉGOIRE LE GRAND: Dialogues. Texte critique et notes par*; *traduction par Paul Antin*, Eds. du Cerf, Paris 1979-1980 (Sources Chrétiennes 260 y 265).
VOGÜÉ, A. de, *De la crise aux résolutions: les Dialogues comme "histoire d'une âme"*, en *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* (Grégoire Le Grand, Chantilly, 1982), 305-314.
VOGÜÉ, A. de, *Grégoire le Grand et ses "Dialogues" d'après deux ouvrages récents, Revue d'Histoire ecclésiastique* 83 (1988), 281-348.

Abadía de San Benito
C. C. 202
B6700WAC Luján
Argentina

TEXTO

CUATRO LIBROS DE LOS DIÁLOGOS DEL PAPA GREGORIO SOBRE LOS MILAGROS DE LOS PADRES ITALIANOS

LIBRO PRIMERO

Un día, abatido y triste por las excesivas preocupaciones de algunos laicos, en cuyos asuntos muchas veces nos vemos obligados a participar –cosa que ciertamente no deberíamos–, me procuré un lugar solitario y favorable a la reflexión nostálgica, donde se me manifestara con evidencia todo aquello que contrariaba mis ocupaciones, y donde todas las cosas que solían provocarme dolor, se me presentaran ante los ojos con toda claridad.

2. Como permanecía sentado allí muy afligido y callado durante mucho tiempo, se me presentó el diácono Pedro, el muy querido hijo mío, ligado a mí familiarmente por la amistad desde los primeros tiempos de su juventud, y a la vez mi colaborador en el estudio de la Palabra sagrada.

Al instante me vio atormentado por una gran angustia y me dijo: "¿Ha sucedido algo nuevo, para que estés más afligido que de costumbre?".

3. Le contesté: "Pedro, la tristeza que sobrellevo cada día, es en mí siempre vieja por la costumbre, y siempre nueva por lo que se le agrega. Es que mi espíritu acongojado, herido por mis ocupaciones, me recuerda la situación en la que me hallaba antes en el monasterio; cómo todo lo caduco quedaba por debajo de él; cómo se elevaba sobre todo lo transitorio; cómo acostumbraba a pensar sólo en las cosas del cielo; cómo, aunque retenido por el cuerpo, traspasaba en la contemplación los límites de la carne; cómo amaba aún a la misma muerte como entrada a la vida y premio del trabajo, aunque para casi todos ella sea un castigo.

4. Pero ahora, a causa del cuidado pastoral, padece por las preocupaciones de los hombres del mundo, y además, toda la hermosa imagen de su paz se ensucia con el polvo de la tarea terrenal. Cuando se

dispersa en los asuntos exteriores para condescender con los otros, aunque permanezca el deseo de los bienes interiores, retorna a éstos indudablemente debilitado. Considero entonces lo que sobrellevo, considero lo que dejé, y cuando observo lo que he perdido, se me hace más pesado lo que soporto.

5. Es que ahora estoy sacudido por las olas de un vasto mar, y golpeado en la nave de mi espíritu por las borrascas de una fuerte tempestad. Al recordar la vida anterior, suspiro como si al volver hacia atrás, la mirada divisara la costa. Y lo más grave es que mientras soy arrastrado, perturbado por las inmensas olas, apenas si puedo ver ahora el puerto que he dejado. Así son las caídas del espíritu: primero se pierde el bien que se posee, pero no obstante, uno se acuerda de lo que ha perdido. Después, cuando se aleja más, también se olvida del bien perdido, y sucede entonces que ya ni siquiera ve, en el recuerdo, lo que antes efectivamente había poseído.

Ocurre lo que dije antes: que cuando navegamos más lejos, ya no vemos ni el puerto de reposo que hemos dejado.

6. Algunas veces, para aumentar más mi dolor, se agrega lo que viene a mi memoria sobre el modo de vivir de quienes abandonaron, con toda el alma, la vida del mundo. Mientras considero esa subida de ellos, reconozco la distancia en la que yo he quedado por debajo. Muchos de ellos agradaron a su Creador con una vida retirada: a fin de que no envejeciera la juventud de su corazón por los negocios humanos, el Dios omnipotente no quiso que se ocuparan en trabajos del mundo".

7. Pero considero preferible que las cosas que hemos de decir mediante preguntas y respuestas, en adelante las separemos por la simple anotación de los nombres de los interlocutores.

PEDRO: No sé de seguro si en Italia se haya destacado la vida de muchos hombres por sus virtudes. Ignoro por consiguiente quiénes te incitan a la emulación cuando te comparas con ellos. No dudo por cierto que haya habido hombres buenos en esta tierra, pero me parece que no han realizado milagros o prodigios, a no ser que hasta ahora éstos hayan sido ocultados, a tal punto que carecemos de cualquier información acerca de su existencia.

8. GREGORIO: Pedro, si yo, un pobre hombre, tan sólo men-

cionara lo que llegó a mi conocimiento acerca de hombres perfectos y probados –sea por el testimonio de hombres buenos y fieles, o sea por mi propia experiencia–, pienso que se me acabaría el día antes que las palabras.

9. PEDRO: Quisiera pedirte que me contaras algunas historias acerca de ellos. No te fastidies en interrumpir aquí –dado el motivo– el trabajo de tu exégesis, porque el recuerdo de los milagros no es menos edificante. Por la exégesis se aprende cómo la virtud debe ser adquirida y guardada; pero por el relato de los milagros aprendemos cómo la virtud, una vez adquirida y guardada, se pone en práctica. Hay hombres a quienes los ejemplos los inflaman más hacia el amor de la patria celestial que la teoría. Además, el espíritu del que escucha, encuentra muchas veces una doble ayuda en el ejemplo de los padres, ya que por la comparación con los que le precedieron, él se siente estimulado en el amor de la vida futura, y si se imagina ser algo, se humilla cuando llega a darse cuenta de que otros han realizado cosas mejores.

10. GREGORIO: Lo que sé por la relación de hombres venerables, lo voy a narrar sin ninguna vacilación, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Escritura, puesto que me resulta más claro que el sol que el Evangelio que escribieron Marcos y Lucas, no lo aprendieron por lo que vieron, sino por lo que escucharon. Pero con el fin de evitar toda posibilidad de duda para los que lean lo que digo, en cada hecho que voy a describir, aclararé por qué autoridad me fueron relatados estos informes. Deseo que sepas por otra parte, que en algunos relatos conservaré únicamente el sentido, pero en otros, además del sentido las mismas palabras. Porque si para todos los personajes hubiera querido conservar las expresiones en su forma estricta, el estilo del redactor no habría podido transmitir adecuadamente estas versiones proferidas en un lenguaje inculto.

Lo que voy a puntualizar, lo sé por el relato de muy venerables ancianos.

I. Honorato, abad del monasterio de Fondi

El patricio Venancio poseía antaño una casa de campo en la región de Samnio. Su arrendatario tenía un hijo llamado Honorato, que desde los años de su infancia se sintió enardecido por el amor de la patria celestial, adoptando con este fin una vida de renuncia. Su comportamiento religioso llamaba la atención. Trataba de evitar toda palabra ocio-

sa (ver *Mt* 12,36), y se dominaba practicando la abstinencia de la carne.

Un día, sus padres ofrecieron una comida a sus vecinos, y para la comida prepararon carnes. Cuando él se rehusó a tomarlas por amor a la abstinencia, sus parientes comenzaron a burlarse de él diciéndole: "¡Come! ¿Podríamos acaso encontrar un pez para ti en estas montañas?". Es que en aquel lugar se solía oír hablar de peces, pero jamás nadie los había visto.

2. Mientras que se burlaban de Honorato, de repente faltó, durante la comida, el agua para el servicio de la mesa. Un criado se fue a la fuente con el balde de madera, conforme a la costumbre de aquella región. Mientras que sacaba el agua, un pez entró en el balde. De vuelta, el criado vertió con el agua, ante la mirada de los comensales, el pez que para Honorato hubiera alcanzado como alimento para todo el día. Todos se quedaron admirados, y las carcajadas de los parientes cesaron de golpe. A partir de este momento comenzaron a respetar la abstinencia de Honorato, de la que antes se habían burlado. Así un pez de montaña le quitó al hombre de Dios la humillación de sufrir el desprecio.

3. Cuando ya había crecido, destacándose por sus virtudes, le fue otorgada la libertad por su dueño antes mencionado. En un lugar llamado Fondi, construyó un monasterio en el que se destacó como padre de unos doscientos monjes. Allí y en toda la región de los alrededores dio con su vida un ejemplo de preclaras costumbres.

4. Un día, desde el cerro que en lo alto sobresalía por encima de su monasterio, se desprendió un inmenso bloque de piedra que, deslizándose por una ladera del cerro, amenazaba con destruir todo el monasterio y matar a todos los hermanos. El santo varón, al verlo caer desde lo alto, invocó repetidas veces el nombre de Cristo y extendiendo la mano derecha, le opuso el signo de la cruz y lo detuvo en su caída sobre la pendiente del costado de la montaña. Así lo asevera Laurencio, un hombre piadoso. El sitio no presentaba ningún obstáculo en que hubiera podido detenerse la piedra. Aún hoy día, a los que miran hacia el cerro, el bloque de piedra les parece estar como suspendido y pronto para caer.

5. PEDRO: ¿Será posible que un hombre tan excelente, y que luego llegó a ser maestro de discípulos, no tuvo antes a su vez un maestro?

6. GREGORIO: Nunca escuché que él haya sido discípulo de

alguien, pero los dones del Espíritu Santo no están sometidos a la ley. Ciertamente, la experiencia habitual de la vida enseña que quien no aprendió a someterse, tampoco debe atreverse a mandar, a fin de no enseñar a los súbditos una obediencia que él no fuera capaz de brindar a los superiores. No obstante, hay algunos que fueron instruidos por el magisterio del Espíritu, de tal modo que aunque les falte la instrucción exterior del magisterio humano, no carecen de la ilustración del maestro interior. Esta libertad de su vida no debe servir como ejemplo para los débiles, a fin de evitar que alguno de ellos, presumiendo estar lleno del Espíritu Santo, desprecie ser discípulo de un hombre, haciéndose así maestro del error. El alma en la que habita el Espíritu Santo, muestra evidentes señales de esta realidad mediante los prodigios y la humildad. Si estos dos signos se juntan perfectamente en un alma, es evidente que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo.

7. Es cierto que no se lee que Juan el Bautista haya tenido un maestro. La misma Verdad que enseñó a los apóstoles mediante su presencia física, no lo integró oficialmente en el grupo de sus discípulos. Pero le enseñó interiormente. Exteriormente, en cambio, lo dejó en aparente libertad. Igualmente Moisés, instruido en el desierto, conoció por un ángel y no por un hombre, la misión que Dios le confiaba. Pero esto, como ya dije, debe ser respetado por los débiles y no tomado como ejemplo.

8. PEDRO: Estoy conforme con lo que dices. Pero te ruego que me digas si este padre tan grande dejó algún imitador entre sus discípulos.

II. Libertino, prior del monasterio de Fondi

GREGORIO: El muy reverendo Libertino, que había sido discípulo de Honorato y formado por él, fue prior del monasterio de Fondi en tiempos del rey Totila. Muchas de las virtudes de Libertino fueron dadas a conocer por narraciones dignas de fe. También Laurencio, el hombre religioso que ya mencioné y que todavía vive, estuvo muy cerca de Libertino en aquel entonces y solía contarme muchas cosas sobre él. De todo lo que aún recuerdo, voy a narrar algunos episodios.

2. En la provincia de Samnio, de la que ya hablé en otra ocasión, Libertino recorrió un camino por obligaciones del monasterio. Darida, conde de los Godos, había llegado hasta ese mismo lugar con su ejérci-

to. El siervo de Dios fue arrojado de su caballo por los hombres del conde. Sobreponiéndose con buen ánimo al perjuicio causado por la pérdida de su caballo, ofreció a los saqueadores también el látigo y les dijo: "Tomen esto para poder guiar el animal." Y en seguida se puso a rezar.

A continuación, el ejército del conde llegó en rápida marcha hasta el río Vulturno. Allí comenzaron a golpear con las lanzas a sus caballos y a ensangrentarlos con las espuelas, a fin de hacerlos pasar el río. Pero los caballos, castigados por los golpes y las espuelas, podían aguantar los sufrimientos, pero moverse no podían. Parecía que temían el agua del río, como si estuvieran ante un precipicio mortal.

3. Al castigar a los animales durante mucho tiempo, todos los jinetes se cansaron. Uno dijo que podía ser por culpa de ellos mismos que tenían que padecer este inconveniente, a causa de la afrenta que habían ocasionado al siervo de Dios durante el camino. Regresando al momento, encontraron a Libertino postrado en oración. Le dijeron: "Levántate y toma tu caballo". Él respondió: "Vayan en paz. Yo no tengo necesidad del caballo". Pero ellos descendieron, y a la fuerza lo hicieron subir al caballo que le habían quitado. Y en seguida se alejaron. Y sus caballos, que antes no habían podido cruzar el río por la inmensa corriente, ahora lo atravesaron como si su lecho se hubiera desecado. Así sucedió que al devolverle al siervo de Dios su único caballo, ellos recuperaron todos los suyos.

4. Fue en aquel mismo tiempo que Bucelino llegó con los Francos a la región de Campania. Corría el rumor de que el monasterio del servidor de Dios poseía muchas riquezas. Al entrar en el oratorio, los Francos furibundos comenzaron a buscar y a llamar a Libertino. Él, mientras tanto, estaba allí mismo, postrado en oración. ¡Cosa maravillosa: los Francos furiosos, que al buscarlo habían incurrido desde la entrada contra él, no podían verlo! Así frustrados por la ceguera, se retiraron del monasterio sin haber logrado su propósito.

5. En otra ocasión, por asuntos del monasterio y por orden del abad que había sucedido a su maestro Honorato, Libertino viajó a Rávena. Por amor al venerable Honorato, Libertino acostumbraba a llevar siempre consigo, en un pliegue de su cinturón, las sandalias de aquél.

Mientras que viajaba, se encontró con una mujer que llevaba el pequeño cuerpo de su hijo muerto. Cuando ella vio al siervo de Dios,

impulsada por el amor a su hijo, le detuvo el caballo por el freno y exclamó con un juramento: "¡No te irás de aquí, antes de haber resucitado a mi hijo!".

6. Pero él, para quien tal milagro no tenía precedente, se espantó ante el juramento de esta petición. Habría querido apartarse de la mujer, pero no encontró la manera como hacerlo y se quedó vacilante. Yo por mi parte, quisiera saber qué gran combate se libró en su corazón. Allí entraron en colisión la humildad de la vida religiosa y la compasión por una madre, el temor de aventurarse con lo extraordinario y el dolor por no ayudar a una mujer privada de su hijo. Pero para la mayor gloria de Dios, la compasión venció en este corazón virtuoso que, por haber sido vencido, fue valeroso. Este corazón no habría sido virtuoso si la bondad no lo hubiera vencido. Por eso descendió, dobló la rodilla, alzó las manos hacia el cielo, sacó las sandalias de su cinturón y las puso sobre el pecho del niño muerto. Mientras que se puso a orar, el alma del niño volvió a su cuerpo. Lo tomó de la mano y lo devolvió vivo a la madre que se puso a llorar, mientras que él prosiguió el viaje interrumpido.

7. PEDRO: ¿Qué podemos decir acerca de esto? Este gran milagro, ¿se debe al mérito de Honorato o a la oración de Libertino?

GREGORIO: Para realizar un milagro tan sorprendente, han sido necesarios la fe de esta mujer y el poder de los dos hombres. Según mi opinión, Libertino pudo hacerlo porque había aprendido a poner su confianza más en la fuerza de su maestro que en la suya propia. Al poner las sandalias de Honorato sobre el pecho del cuerpecito muerto, opinó que el alma del santo obtuviera sin duda lo que él pedía. Se recuerda el caso paralelo de Eliseo (ver *2 R* 2,13s). Él llevaba la capa de su maestro y llegando al río Jordán, golpeó las aguas sin poder separarlas. Pero de repente se le ocurrió decir: "¿Dónde está, entonces ahora, el Dios de Elías?", y al golpear el río con la capa de su maestro, se le abrió el camino entre las aguas.

¿Te das cuenta, Pedro, de la importancia que tiene la humildad para provocar milagros? Eliseo pudo producir el milagro de su maestro recién después de invocar su nombre. Puesto que había llegado a la humildad guiado por su maestro, pudo hacer él mismo lo que había hecho el maestro.

8. PEDRO: ¡Completamente de acuerdo! Y dime: ¿No habrá otra cosa más que nos podrías contar acerca de él, para nuestra edificación?

GREGORIO: La hay, ciertamente. Pero ella sirve más bien para aquellos que estén dispuestos a imitarla. Por mi parte, creo que más grande que los milagros y prodigios es la virtud de la paciencia.

Un día, el que gobernaba el monasterio después de la muerte del venerable Honorato, se enardeció violentamente contra el venerable Libertino, de tal manera que lo agredió con sus manos. Y porque no pudo encontrar una vara para castigarlo, agarró uno de los escaños para los pies y le golpeó la cabeza y la cara, dejando todo su rostro hinchado y amoratado. Libertino, duramente herido, se calló y se retiró a su lecho.

9. Al día siguiente, él tenía que despachar unos asuntos por exigencias del monasterio. Después de rezar los himnos de Maitines, se fue hasta el lecho del abad y le pidió humildemente la bendición. El abad, sabiendo en qué medida aquél era honrado y querido por todos, pensó que después de la injuria que él le había infligido, Libertino quería abandonar el monasterio. Le preguntó: "¿A dónde quieres ir?". Libertino le contestó: "Hay que liquidar un asunto del monasterio, mi padre, a lo que no me puedo sustraer. Me he comprometido ayer para ir a arreglarlo hoy. Es hacia allí adonde pensaba ir".

10. Entonces, el abad se dio cuenta de lo que había hecho. Él vio su brutalidad y su dureza y por el otro lado la humildad y la dulzura de Libertino. Entonces saltó del lecho, se echó a los pies de Libertino, confesó que era él el que había pecado, que él era el culpable, él quien había inferido una tan cruel afrenta a un hombre tan grande y tan distinguido. Pero a su vez, Libertino se echó en tierra y se arrojó a los pies del abad, atribuyendo a su propia falta lo que había sufrido, y no a la severidad del abad.

Y éste fue el desenlace final: El padre fue llevado a una gran mansedumbre y dulzura. Así la humildad del discípulo se había transformado en maestra del maestro.

11. Él entonces salió para arreglar los asuntos del monasterio. Unos cuantos hombres notables y nobles que siempre lo apreciaban mucho, se mostraron muy intrigados y lo preguntaron con inquietud qué le había pasado, para que tuviera un rostro tan hinchado y amoratado. Él les contestó: "Fue ayer por la tarde –y será por causa de mis

pecados– que con mi cabeza choqué contra un escaño, y ahora tengo que soportar las consecuencias". De esta manera, el santo varón guardaba en su corazón el respeto tanto a la verdad como a su maestro, sin delatar el vicio del padre ni incurrir en el pecado de la mentira.

12. PEDRO: ¿No será probable que Libertino, este hombre venerable, sobre quien has contado tantos prodigios y milagros, haya dejado, en una comunidad tan grande, algunos imitadores de sus virtudes?

III. El monje hortelano de este mismo monasterio

GREGORIO: Félix, con el sobrenombre de "el Encorvado", al que tú mismo has conocido bien, y que hace poco fue prior de este monasterio, me contó muchas cosas admirables acerca de los hermanos del monasterio. Voy a pasar por alto algunos sucesos que recuerdo, ya que tengo prisa para referirme a otros temas. Pero hay una historia que quisiera contar, puesto que estimo que de ninguna manera deberé omitirla.

2. En este monasterio vivía un monje que se destacaba por su vida santa. Era hortelano. Un ladrón se había acostumbrado a acercarse, a trepar por encima del cercado y a sacar ocultamente las legumbres. El hermano plantaba muchas de ellas y encontraba pocas. Veía que algunas estaban aplastadas por las pisadas, y otras arrancadas. Recorriendo todo el huerto, encontró el camino por donde acostumbraba a llegar el ladrón.

Al ir y venir por el huerto, descubrió una serpiente a la que ordenó: "¡Sígueme!". Al llegar al lugar por donde solía entrar el ladrón, le dio a la serpiente la siguiente orden: "En el nombre de Jesús, yo te ordeno que vigiles esta entrada y no permitas que ingrese por aquí el ladrón". Al instante, la serpiente se extendió con toda su longitud a través del camino. Y el monje se volvió al monasterio.

3. Mientras que todos los monjes, conforme a su costumbre, hacían la siesta del mediodía, el ladrón apareció y trepó el cerco. Pero en el momento en que quiso poner los pies en el huerto, vio de repente la serpiente estirada que le cerraba el paso. Fuera de sí de terror, huyó hacia atrás, y su pie quedó atrapado, por el zapato, en una estaca del cerco. Así, esperando la vuelta del hortelano, quedó colgado con la cabeza hacia abajo.

4. A la hora acostumbrada llegó el hortelano y encontró al ladrón colgado del cerco. Entonces le dijo a la serpiente: "¡Gracias a Dios! Has cumplido lo que te encargué. Ahora puedes retirarte". Al punto, la serpiente desapareció. Entonces, volviéndose hacia el ladrón, le dijo: "¡Y bien, hermano! Dios te entregó en mis manos. ¿Por qué te has atrevido tantas veces a robar lo que los monjes han recolectado con su trabajo?". Al decir esto, liberó su pie del cerco en el que se había enganchado, y lo bajó a la tierra sano y salvo. Después le dijo: "Sígueme". Y mientras que el ladrón lo seguía, lo llevó hasta la entrada del huerto y le ofreció, con gran dulzura, las legumbres que el ladrón habría querido llevarse, y le dijo: "Anda y no robes más en adelante. Pero cuando tengas necesidad, entra por aquí a buscarme, y lo que tú hubieras querido llevarte con gran fatiga y con la culpa del pecado, yo te lo daré por el amor de Dios".

5. PEDRO: Realmente, veo que yo estaba muy equivocado al pensar que no había Padres en Italia capaces de hacer milagros.

GREGORIO: Me he enterado por relación del venerable Fortunato, abad del monasterio de los Baños de Cicerón, y de otros hombres venerables, de lo que voy a contar a continuación.

IV. Equicio, abad del distrito de Valeria

Equicio, un hombre muy santo de la región de Valeria, fue muy admirado por todos a causa de los méritos de su vida. Fortunato tenía un trato muy familiar con él.

A causa de su gran santidad, Equicio se transformó en padre de muchos monasterios de aquella provincia. Siendo joven, el ardor de la sangre provocó en él una lucha agotadora. Pero las angustias de su tentación hicieron su oración más solícita y activa. Puesto que a este respecto estaba buscando un remedio junto a Dios omnipotente y en continuas oraciones, durante una noche tuvo la sensación como si fuera castrado por la intervención de un ángel. En esta visión le pareció que el ángel había extirpado toda incitación de sus órganos genitales, y desde ese momento se vio liberado de la tentación, como si a su cuerpo le hubiera sido quitado el sexo.

2. Confortado por este milagro debido a la gracia de Dios omnipotente, comenzó a dirigir también a mujeres, así como hasta entonces

había dirigido a hombres. Sin embargo, constantemente aconsejaba a sus discípulos que no se confiaran fácilmente en seguir su ejemplo. Podrían caer en la tentación, al arrogarse un don que no habían recibido.

3. Durante el tiempo en el que fueron apresados los hechiceros de la ciudad de Roma, Basilio, el más destacado en practicar las artes de la magia, huyó disfrazado de monje y llegó a Valeria. Se dirigió al reverendísimo Castorio, obispo de Amiterno, para que él lo confiara al abad Equicio y lo mandara a su monasterio, con el fin de facilitarle un encuentro más íntimo con Dios.

Entonces, el obispo se fue al monasterio, llevando consigo a Basilio como monje, y rogó al siervo de Dios Equicio que lo recibiera en su comunidad. Apenas el santo varón miró a Basilio, dijo: "En éste que tú me recomiendas, padre, yo no veo un monje, sino un diablo". El obispo respondió: "Estás buscando un pretexto para no cumplir con lo que se te pide". El siervo de Dios en seguida contestó: "No. Yo denuncio a este hombre como tal, según yo lo veo. Pero para que no pienses que me niego a obedecer, haré lo que ordenas". Y entonces, Basilio fue recibido en el monasterio.

4. Algunos días después, el siervo de Dios se ausentó bastante lejos del monasterio, para instruir a unos fieles acerca del anhelo de la vida eterna. Durante su ausencia sucedió en un monasterio de vírgenes que estaba bajo su dirección, que una de las vírgenes que tenía, según lo que a la carne corrupta se refiere, un aspecto hermoso, comenzó a tener fiebre con fuertes delirios. Clamaba, o más bien aullaba: "Voy a morir, si el monje Basilio no viene a devolverme la salud mediante sus poderosos remedios".

Pero durante la ausencia del padre del monasterio, ninguno de los monjes se animaba a entrar en la clausura de las vírgenes, y aún mucho menos, a enviar a aquel que recién había llegado, y cuyo modo de vida los monjes todavía no conocían.

5. Rápidamente enviaron al siervo de Dios Equicio un mensaje, anunciándole que aquella monja estaba atormentada por altas fiebres y que pedía insistentemente la visita del monje Basilio. Al oír esto, el santo varón sonrió desdeñosamente y dijo: "¿No dije yo que éste era un diablo y no un monje? ¡En seguida, échenlo de la casa! En cuanto a la servidora de Dios que tiene la fiebre y el delirio, ¡ya no se preocupen! En adelante, ella ya no tendrá fiebre ni demandará la presencia de Basilio".

6. El monje mensajero regresó y comprobó que la virgen consagrada a Dios había recuperado la salud a la hora indicada por el siervo de Dios Equicio, a pesar de que estaba tan lejos. Equicio, mediante este prodigio, había seguido el ejemplo del Maestro que, invitado para ir a ver al hijo de un funcionario real (ver *Jn* 4,46-53), le restituyó la salud con una sola palabra, de modo que aquel padre, al volver a su casa, se dio cuenta de que su hijo había recuperado la vida en el mismo momento en el que él había oído decir, de la boca de la Verdad, que estaba vivo.

Todos los monjes, cumpliendo la orden de su abad, echaron a Basilio de su habitación del monasterio. Una vez expulsado, Basilio dijo que con sus artes mágicas había suspendido en el aire frecuentemente el monasterio de Equicio, pero que no había podido perjudicar a nadie en el monasterio. Poco tiempo después, al enardecerse el celo del pueblo cristiano, Basilio fue arrojado al fuego en la ciudad de Roma.

7. Un día, una de las servidoras de Dios de aquel mismo monasterio de vírgenes, entró en el huerto. Al ver una lechuga que excitaba su apetito, ella la mordió ansiosamente, olvidando bendecirla con el signo de la cruz. Pero al instante el diablo agarró a la religiosa y tomó posesión de ella. Puesto que la atormentaba, el hecho fue anunciado de urgencia al abad Equicio, para que acudiera en seguida y luchara contra el diablo con la oración. Apenas el abad llegó al huerto, el diablo que tenía agarrada a la religiosa, empezó a gritar por la boca de ella como para justificarse: "¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo? Yo estaba sentado sobre una lechuga, y vino ella y me mordió". Muy indignado, el hombre de Dios le ordenó terminantemente que desapareciera y no volviera a habitar en una servidora de Dios todopoderoso. El diablo se fue al instante, y ya no tuvo en adelante ningún poder para tocarla.

8. Un hombre noble llamado Félix, de la provincia de Nursia, padre de Castorio que ahora vive con nosotros aquí en la ciudad de Roma, vio que el venerable Equicio viajaba de lugar en lugar para predicar con empeño, sin haber recibido la ordenación sacerdotal. Un día se dirigió a él y le dijo con la familiaridad de un antiguo conocido: "Tú que no has recibido las órdenes sagradas y no has recibido del pontífice romano, tu superior, la licencia para predicar, ¿cómo te atreves entonces a predicar?". Apremiado por esta pregunta, el santo varón explicó cómo había recibido la licencia para predicar, con estas palabras: "Todo lo que tú me estás diciendo, yo mismo también me lo había preguntado. Pero

una noche, en una visión, un joven apuesto se me acercó y puso sobre mi lengua un instrumento de médico, una lanceta, y me dijo: «He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. Vete a predicar». A partir de este día, aunque lo quisiera, no podría dejar de hablar sobre Dios".

9. PEDRO: Quisiera enterarme también de las obras de este abad de quien se comentan dones tan grandes.

GREGORIO: Las obras, Pedro, son la consecuencia de un don divino, y no el don divino la consecuencia de las obras. De lo contrario, la gracia ya no sería la gracia (ver *Rm* 11,6). Los dones preceden toda obra, pero la obra subsecuente puede hacer crecer también los dones. Pero, para que no te sientas defraudado acerca del conocimiento de su vida, el muy reverendo Albino, obispo de la iglesia de Rieti, lo conoció muy bien, y unos cuantos que han podido informarse acerca de él, todavía viven. Pero, ¿por qué quieres conocer aún otras obras, cuando la pureza de su vida estaba en concordancia con su celo por la predicación?

10. Tan grande era el fervor que lo consumía para ganar las almas para Dios, que, no contento con presidir los monasterios, visitaba las iglesias, los pueblos, las aldeas, y hasta las casas de cada uno de los fieles, en fin, cualquier lugar, para mover los corazones de los que lo escuchaban, hacia el amor de la patria celestial. Era muy sencillo en el modo de vestirse y ostentaba un aspecto tan pobre, que cualquiera que no lo conocía, habría rechazado hasta devolverle el saludo. Para sus viajes solía elegir el más ordinario de todos los caballos que podía encontrar en el monasterio, utilizando como aderezo una cuerda, y como silla de montar una piel de carnero. Llevaba consigo los libros sagrados en bolsas de cuero que colgaban a su derecha e izquierda. En cualquier parte adonde iba, abría la fuente de las Escrituras para regar los prados de las almas.

11. La noticia de la fama de su apostolado llegó hasta la ciudad de Roma, y puesto que la lengua de los aduladores mata con sus caricias el alma de quien gusta escucharlos, algunos clérigos de aquel entonces se quejaron con lisonjas frente al obispo de esta sede apostólica, diciendo: "¿Quién es este hombre inculto que se ha arrogado la autoridad de predicar y que se ha atrevido a usurpar, siendo un pobre ignorante, el oficio de nuestro señor apostólico? Que se envíe pues, si así te parece bien, a alguien que lo haga comparecer aquí; así aprenderá cuál es el

alcance de las normas eclesiásticas".

Suele ocurrir frecuentemente que en un espíritu ocupado en mil negocios, la lisonja se introduce muy fácilmente, si no es rechazada de inmediato junto a la misma entrada del corazón. El pontífice dio su consentimiento a la propuesta de sus clérigos. Equicio tendría que ser conducido a la ciudad de Roma, para que aprendiera cuáles eran exactamente sus competencias.

12. Sin embargo, al delegar con este encargo al defensor Juliano que más tarde fue obispo de Sabina, el pontífice le recomendó que trajera a Equicio con todos los honores, para que el siervo de Dios no sufriera ninguna molestia a consecuencia de esta citación.

Juliano que con gusto quiso corresponder a los deseos de los clérigos, viajó rápidamente al monasterio de Equicio. Éste estaba ausente. Encontrando allí a unos copistas que estaban escribiendo, Juliano les preguntó dónde estaba el abad. Le contestaron: "Está cortando el pasto en el valle debajo del monasterio".

13. Juliano tenía un criado arrogante y rebelde a quien apenas él mismo conseguía hacerse obedecer. Lo envió para que le trajera sin tardanza a Equicio. El criado se fue y se precipitó hacia el valle con toda la impetuosidad de su carácter. Echó un vistazo sobre todos los segadores que estaban allí y preguntó quién era Equicio. Al enterarse de quién se trataba, y al verlo aún desde una buena distancia, se sintió presa de un inmenso desaliento, de miedo y de fastidio, y apenas pudo moverse con pasos inseguros. Temblando llegó hasta el hombre de Dios, abrazando y besando sus rodillas y anunciándole que su maestro había venido para visitarlo. El siervo de Dios le devolvió el saludo y le ordenó: "Toma este pasto verde y lleva el forraje a los animales sobre los que ustedes han llegado. En cuanto a mí, me falta poco que hacer. Voy a terminar el trabajo, y luego te seguiré".

14. Mientras tanto, el encargado de la misión, el defensor Juliano, se preguntaba con gran sorpresa por qué se retardaba tanto la vuelta de su criado. En este mismo momento lo vio regresando y llevando sobre el hombro un fardo de heno recogido en el campo. Sumamente enojado, le gritó: "¿Qué quiere decir esto? Yo te envié para traer a un hombre, y no para llevar heno". El criado respondió: "El que tú buscas, ya me está siguiendo". Y en efecto, el hombre de Dios se acercaba, calzado con sus zapatos con clavos, y cargando un haz de heno

sobre el hombro. Estaba todavía lejos, y el criado indicó a su señor que era aquél a quien estaba buscando.

Juliano, mirando al siervo de Dios, lo despreció por su aspecto y se dispuso, con espíritu altanero, a dirigirse a él. Pero a medida que el siervo de Dios se acercaba, un pavor insuperable invadió el alma de Juliano. Empezó a temblar, y tartamudeando trató de manifestar el fin de su misión. Con espíritu humillado cayó junto a sus rodillas, le pidió que rezara por él y le explicó que su padre, el pontífice apostólico, quería verlo.

15. El venerable Equicio comenzó a dar gracias efusivamente a Dios, asegurando que, por medio del sumo pontífice, iba a recibir los favores de la gracia divina. Al instante llamó a los hermanos, les ordenó que fueran a preparar en seguida los caballos, y empezó a apremiar insistentemente al que había venido a buscarlo a que debieran partir de inmediato. Juliano replicó: "¡Imposible! Estoy extenuado por el viaje. Hoy ya no puedo partir". El santo respondió: "Tú me afliges, hijo mío. Es que si no partimos hoy, mañana será demasiado tarde". Pero obligado por el cansancio del que había venido a buscarlo, el siervo de Dios se quedó en su monasterio durante la noche.

16. Al rayar el alba de la mañana siguiente llegó, sobre un caballo totalmente extenuado por una carrera sin tregua, un criado llevando una carta para Juliano, con la orden de no incomodar al siervo de Dios ni permitir que él se alejara del monasterio. Juliano preguntó por qué se había cambiado la decisión. Se enteró de que en la misma noche en la que él había sido enviado para buscar a Equicio, el pontífice se había asustado en extremo a causa de una visión: ¿por qué se había atrevido a mandar a alguien para obligar a comparecer al hombre de Dios?

17. Juliano se levantó, y al encomendarse a las oraciones del hombre venerable, agregó: "Tu padre te ruega que no te fatigues, y que por eso no hagas el viaje". Al escuchar estas palabras, el siervo de Dios contestó apenado: "¿No te dije ayer que si no partíamos al momento, ya no sería posible viajar?". Luego, para demostrar su caridad al que había venido a buscarlo, lo retuvo algún tiempo en su habitación y le dio, a pesar de su resistencia, una recompensa por su desempeño.

18. Date cuenta entonces, Pedro, con qué atención Dios vela sobre los que han aprendido a despreciarse a sí mismos en esta vida. Interiormente han de ser contados entre los ciudadanos de honor, los

que hacia afuera no tienen vergüenza de ser despreciados por los hombres. Al contrario, son despreciables ante los ojos de Dios aquellos que se inflan, ante sus propios ojos y los de sus prójimos, por el apetito de la vanagloria. Por eso la Verdad dice a ciertos hombres: "Ustedes son los que se justifican a sí mismos ante los hombres. Pero Dios conoce sus corazones, porque lo que es estimable a los ojos de los hombres, resulta despreciable para Dios" (*Lc* 16,15).

19. PEDRO: Estoy muy sorprendido de que se haya podido engañar a un pontífice tan eminente respecto a un hombre de tanta santidad.

GREGORIO: ¿Por qué te admiras, Pedro, de que nos equivocamos, nosotros que somos hombres? ¿Acaso te has olvidado de que David, que solía tener el espíritu profético, dictó una sentencia contra el hijo inocente de Jonatán, después de escuchar la denuncia de un súbdito mentiroso? (*2 S* 16,1-4; ver 19,24-30). No obstante, puesto que era David quien hizo esto, a él lo miramos como justo en consideración de un secreto juicio de Dios, aunque no entendamos, conforme al criterio humano, cómo su sentencia haya podido ser justa. ¿Por qué te admiras entonces de que a veces seamos engañados por la boca de los mentirosos, nosotros que no somos profetas? En realidad, la abundancia de las preocupaciones desgasta la mente de cada obispo. Y cuando el espíritu está dividido por la solicitud de muchos asuntos, se debilita para cada uno en particular. Y cuanto más es absorbido por una cosa cualquiera, con tanta mayor superficialidad se ocupa de las demás.

PEDRO: Es cierto, es muy cierto lo que dices.

20. GREGORIO: No debo callarme sobre lo que, acerca de este santo, oí decir por boca de mi antiguo abad, el muy reverendo Valencio.

Él decía que cuando el cuerpo de Equicio estaba enterrado en el oratorio del mártir san Lorenzo, un aldeano había colocado sobre su tumba un recipiente lleno de trigo, sin tener en consideración qué gran hombre yacía allí, y sin preocuparse de nada por venerarlo. De repente se levantó un torbellino desde el cielo, y mientras que todas las demás cosas permanecían en su lugar sin moverse, el recipiente que había sido puesto sobre el sepulcro, fue arrancado y tirado lejos. Así, con toda evidencia, todos tuvieron que reconocer el gran mérito de aquel cuyo cuer-

po yacía allí.

21. De lo que aquí agrego, me enteré por el relato del venerable Fortunato, al que estimo mucho por su edad, su vida y su sencillez.

Cuando los Longobardos invadieron la provincia de Valeria, los monjes abandonaron el monasterio del muy reverendo Equicio para refugiarse en el oratorio de san Lorenzo, junto a su sepulcro. Los Longobardos, furibundos, irrumpieron en el santuario y empezaron a arrastrar hacia afuera a los monjes, con la intención de torturarlos o de degollarlos. Uno de ellos gimió, gritando en su dolor: "¡Ay, san Equicio! Tú permites que nos arrastren consigo, ¿y no nos defiendes?". A este grito, de inmediato el espíritu inmundo se apoderó de los furiosos Longobardos. Cayeron en tierra y fueron atormentados durante tanto tiempo, que también todos sus demás cómplices que estaban en las cercanías, llegaron a entender que nadie ya podía atreverse a profanar un lugar sagrado.

Así el santo varón defendió a sus discípulos, y también más tarde prestó su protección a muchos que se refugiaron en su santuario.

V. Constancio, sacristán de la iglesia de san Esteban, cerca de la ciudad de Ancona

De lo que voy a narrar, me cercioré por uno de mis hermanos en el episcopado. Él vivió durante muchos años como monje en la ciudad de Ancona, y el ejemplo de su vida religiosa fue edificante. Algunos ancianos que viven con nosotros y que vienen de aquella región, pueden confirmar lo que cuento.

2. Junto a la ciudad de Ancona se halla la iglesia del mártir san Esteban, y en ella cumplía el oficio de sacristán el venerable Constancio. La fama de su santidad se difundía por todas partes, porque él se sentía totalmente desprendido de las cosas terrenales, y con toda la fuerza de su alma vivía inflamado por el solo anhelo del cielo.

Un día faltó el aceite en esta iglesia, y el siervo de Dios no tenía nada para alimentar el fuego de las lámparas. Entonces llenó con agua todos los candelabros de la iglesia y colocó adentro, como de costumbre, las mechas de papiro. Al ponerles fuego, el agua en las lámparas ardió como si hubiera sido aceite.

Piensa, Pedro, cuál debía ser la perfección de este hombre que, obligado por la necesidad, pudo cambiar la naturaleza de un elemento.

3. PEDRO: Lo que escucho es del todo admirable. Pero desearía conocer el grado de humildad que era capaz de observar ante su propia mirada, en su interior, él que en lo exterior se destacó tanto.

GREGORIO: Con razón te preguntas cómo puede salir airosa el alma que se ve rodeada de milagros, ya que sucede con frecuencia que los prodigios que se operan hacia afuera, hieren por su fuerza de seducción el espíritu hacia adentro. Pero será suficiente si llegas a conocer un episodio de este venerable Constancio, para que sepas de inmediato cuál fue su humildad.

PEDRO: Después de haberme contado este milagro tan llamativo, tienes que informarme ahora solamente acerca de la humildad de su alma.

4. GREGORIO: Puesto que la noticia de su santidad se había difundido enormemente, muchas personas de distintas provincias deseaban ansiosamente verlo. Un día llegó de lejos un aldeano para verlo. Casualmente ocurrió en este mismo momento que el santo varón, a lo alto de una escalerilla de madera, se ocupaba en alimentar las lámparas. Era un hombre de estatura muy pequeña y de aspecto endeble y despreciable. Cuando el aldeano que había venido para verlo, preguntó por él y exigió con importunidad que se lo indicaran, los que lo conocían se lo señalaron. Pero los imbéciles juzgan a los hombres conforme a su apariencia. Y porque lo vio pequeño y sin porte distinguido, en absoluto quiso creer que éste fuera Constancio. En su mentalidad primitiva se presentó una completa incoherencia entre lo que le habían dicho y lo que veía, y le parecía imposible que alguien que era un enano para la vista, pudiera ser el gran hombre que se había imaginado conforme a su fama. Unos cuantos le confirmaron que éste era realmente Constancio. Entonces se burló de él y lo despreció diciendo: "Yo había creído que era un gran hombre, pero éste de hombre no tiene nada".

5. Cuando el hombre de Dios oyó esto, lleno de alegría dejó las lámparas que estaba alimentando, descendió rápido, se echó al cuello del aldeano y lo abrazó con gran amor, y lo besó con la ostentación de un profundo agradecimiento por haberlo despreciado así: "Tú eres el único que con tu mirada has descubierto mi modo de ser".

6. Este hecho permite medir la humildad interior de

Constancio, que amó tanto más a este aldeano rústico, cuanto que éste se había burlado de él. Lo que uno es secretamente en la conciencia, lo revela una afrenta inferida. Porque así como los orgullosos se complacen en los honores, así los humildes fácilmente en el desprecio. Cuando aparecen abyectos a los ojos de otro, se regocijan, puesto que comprenden que esta opinión corrobora la que en su conciencia ya tenían sobre sí mismos.

PEDRO: Tal como lo veo, este hombre fue grande hacia afuera por sus milagros, pero aún más grande interiormente por la humildad.

VI. Marcelino, obispo de la ciudad de Ancona

GREGORIO: Esta Iglesia de Ancona tuvo un obispo de una vida venerable que se llamaba Marcelino. El mal de la gota había paralizado sus facultades para caminar de una manera extremadamente dolorosa, de modo que los encargados de su servicio tenían que llevarlo en caso de necesidad.

Un día, a consecuencia de un descuido, la ciudad de Ancona se halló expuesta a un incendio. Puesto que el fuego se enfureció, todos corrieron para extinguirlo. Pero a pesar de que se esforzaban en echarle agua, las llamas seguían creciendo, de modo que ya amenazaban con destruir toda la ciudad. Cuando el fuego había invadido los lugares más cercanos y ya había consumido alguna parte de la ciudad, sin que nadie pudiera oponerle ninguna resistencia, llegó el obispo llevado en brazos. Impulsado por la necesidad del peligro, ordenó a los hombres de su servicio que lo llevaban: “Pónganme directamente frente al fuego”.

2. Así lo hicieron y lo colocaron en el lugar hacia donde toda la fuerza de las llamas parecía precipitarse. Entonces, de un modo admirable, el incendio comenzó a replegarse sobre sí mismo como si quisiera dar a entender, mediante la violencia de su retroceso, que no podía pasar por encima de un obispo. Ocurrió entonces que la llama del incendio, detenida por esta barrera, sufrió en sí misma como un frío mortal, y que en adelante ya no se atrevió a tocar ningún otro edificio.

Apreciarás, Pedro, todo lo que hay aquí de santidad: un hombre debilitado por la enfermedad se queda sentado, y con una oración extingue el incendio.

PEDRO: Es así: lo estoy meditando y me asombro.

VII. Nonnoso, prior del monasterio en el monte Soracte

GREGORIO: Ahora te contaré algo que pasó en un lugar vecino de aquí. Me refiero a lo que me han contado el venerable obispo Maximiano y Laurión –tú te acordarás de él, de este monje anciano–; ambos viven todavía.

Laurión recibió su formación monástica del muy santo Anastasio en el monasterio de Subpentoma, que está cerca de la ciudad de Nepi. El venerable Anastasio tenía un trato íntimo con Nonnoso, prior del monasterio situado sobre el monte Soracte, a causa de la vecindad de su vivienda y de la vida ejemplar de ambos, y de su celo común por perfeccionarse en la práctica de las virtudes.

El prior Nonnoso vivía bajo un abad muy riguroso, pero él soportaba sus mañas siempre con una admirable ecuanimidad. Por consiguiente gobernaba a los hermanos con mansedumbre, y con su humildad lograba desviar frecuentemente la cólera de su abad.

2. Su monasterio estaba situado en lo más alto de la montaña, y no se encontraba allí ningún lugar llano para instalar ni la más pequeña huerta. Sin embargo, al costado de la montaña había un sitio diminuto, pero éste fue cubierto por un enorme pedazo de roca.

Un día, al venerable Nonnoso se le ocurrió la idea que este terreno podría ser explotado al menos como huerta de legumbres, si aquella enorme roca no ocupara un espacio tan grande. Calculó, sin embargo, que ni cincuenta yuntas de bueyes hubieran podido remover una mole tan grande. Descartando entonces la posibilidad de hacer el trabajo mediante el esfuerzo humano, acudió al amparo divino, y en el silencio de la noche se entregó a la oración. Al llegar la mañana, cuando los hermanos vinieron al lugar en cuestión, vieron que esa piedra tan enorme se había alejado hacia una mayor distancia, y que en consecuencia había dejado libre un amplio espacio para los hermanos.

3. En otra ocasión, cuando el hombre venerable estaba limpiando las lámparas de vidrio en el oratorio, una de ellas se le cayó de las manos y se estrelló contra el suelo en mil pedazos. Temiendo el vehementísimo enojo del abad, recogió rápidamente todos los fragmentos de la lámpara, los colocó delante del altar y se entregó a la oración con fuertes gemidos. Cuando alzó la cabeza después de la oración, encontró íntegra la lámpara que, lleno de temor, había recogido hecha pedazos.

Así, en dos milagros, imitó el poder de dos Padres: por la mole

rocosa, la acción de Gregorio que movió una montaña; y por la reparación de la lámpara, el prodigio de Donato que restituyó un cáliz roto en su integridad inicial.

4. PEDRO: Presenciamos, según lo que veo, unos milagros nuevos hechos conforme a ejemplos antiguos.

GREGORIO: ¿Te gustaría conocer en los hechos de Nonnoso, algo que resulta ser, en este caso, la imitación de Eliseo?

PEDRO: Por supuesto, lo deseo ardientemente.

5. GREGORIO: Un día, ya no había nada del antiguo aceite en el monasterio. Se acercaba el tiempo de la recolección de las aceitunas, pero éstas no aparecían en los olivos. El abad decidió entonces que los hermanos se fueran hacia los alrededores, para ayudar a los campesinos en su recolección de aceitunas y obtener así, como salario de su trabajo, un poco de aceite para el monasterio.

A eso, el hombre de Dios Nonnoso se opuso con toda humildad, para evitar que con estas salidas lucrativas hacia las afueras del monasterio, los hermanos pudieran sufrir algún daño en sus almas. Pero, puesto que en los árboles del monasterio se veían algunas pocas aceitunas, ordenó que ellas fueran recogidas y puestas en la prensa, y que se le llevara lo poco de aceite que de ellas pudieran obtener.

6. Así se hizo. Los hermanos le llevaron al siervo de Dios Nonnoso el aceite recogido en una pequeña vasija. En seguida, él lo puso delante del altar, hizo salir a todos, y oró. Después llamó a los hermanos y les ordenó que llevaran el aceite y echaran de él un poco en todas las vasijas del monasterio, de suerte que todas parecieran estar impregnadas por la bendición de este aceite. Inmediatamente hizo cerrar las vasijas, así vacías como estaban. Al día siguiente, cuando las abrieron, estaban todas llenas.

PEDRO: Comprobamos a diario cómo se realizan las palabras de la Verdad que dice: "Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo" (*Jn* 5,17).

VIII. Anastasio, abad del monasterio de Subpentoma

GREGORIO: En esa misma época, el venerable Anastasio a quien ya antes mencioné, era notario de nuestra santa Iglesia romana, en la que yo colaboro por la voluntad de Dios. Deseando estar libre solamente para Dios, él abandonó sus archivos, se retiró al monasterio de Subpentoma –lugar al que ya me referí–, y vivió allí durante muchos años, ejercitándose en las obras de la santidad y dirigiendo el monasterio con solícita vigilancia.

2. Este lugar está dominado por una roca inmensa, y hacia abajo se abre un profundo precipicio. Una noche, cuando Dios omnipotente había dispuesto recompensar ya los trabajos del venerable Anastasio, se oyó una voz desde lo alto de la roca. Ella decía pausadamente: "¡Ven, Anastasio!". A este llamado siguió la mención de los nombres de otros siete hermanos. Después se produjo un corto silencio, y luego la voz llamó a un octavo hermano. Toda la comunidad había oído la voz con claridad: sin duda, los que habían sido llamados, tenían que morir dentro de poco.

3. Pocos días después, el venerable Anastasio murió, él en primer lugar. Los demás entregaron su alma siguiendo el orden en el cual habían sido llamados desde lo alto de la roca. En cuanto al hermano a quien la voz había nombrado después de una pausa, éste vivió algunos días más, y después también él murió. Así se evidenció que el tiempo de silencio que la voz había dejado pasar, significaba que se le concedía una pequeña prórroga para vivir.

4. Pero sucedió algo admirable. Cuando el venerable Anastasio entregó su alma, había en el monasterio un hermano que no quería sobrevivirlo. Arrojado a sus pies, empezó a implorarle con lágrimas: "En nombre de Aquel con quien te vas a unir, no me dejes sobrevivirte en este mundo más que siete días". Y antes del séptimo día, también él murió. Pero él, en aquella noche memorable, no había sido llamado junto con los demás, de modo que resulta evidente que solo la intercesión del venerable Anastasio había podido causar su muerte.

5. PEDRO: Puesto que este hermano no había sido llamado junto con los otros y que, no obstante, fue quitado de esta existencia terrenal por la intercesión del hombre santo, ¿no hay que pensar que

quienes gozan de un favor especial junto al Señor, pueden obtener, a veces, hasta ciertas cosas que no han sido predestinadas?

GREGORIO: Seguramente no se puede obtener lo que no ha sido predestinado. Pero lo que los santos realizan orando, está predestinado a ser obtenido gracias a la oración. Porque la misma predestinación del reino eterno está dispuesta por Dios omnipotente de tal manera, que los elegidos lleguen allí trabajosamente, mereciendo obtener así mediante sus ruegos lo que Dios todopoderoso, ya antes de los siglos, ha dispuesto concederles.

6. PEDRO: Desearía que me demuestres con mayor claridad que la predestinación puede ser favorecida gracias a las oraciones.

GREGORIO: Mi aserción, Pedro, puede ser demostrada rápidamente. Seguramente sabes que el Señor le dijo a Abraham: *De Isaac nacerá la descendencia que llevará tu nombre* (*Gn* 21,12). También le había dicho: *Yo te he constituido padre de una multitud de naciones* (*Gn* 17,5). Y nuevamente le prometió: *Yo te colmaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar* (*Gn* 22,17). De estos textos resulta con evidencia que Dios todopoderoso había predestinado la multiplicación de la raza de Abraham por medio de Isaac. Y sin embargo está escrito: *Isaac oró al Señor por su esposa, que era estéril. El Señor lo escuchó, y su esposa Rebeca quedó embarazada* (*Gn* 25,21). Si entonces la multiplicación de la raza de Abraham por medio de Isaac estaba predestinada, ¿por qué recibió una esposa estéril? Pero consta, con toda evidencia, que la predestinación se cumplió a causa de las súplicas, porque el hombre que estaba predestinado a multiplicar la raza de Abraham, consiguió el poder de tener hijos gracias a la oración.

7. PEDRO: Puesto que la lógica del raciocinio ha esclarecido el secreto, ya no me queda ninguna duda.

GREGORIO: ¿Te gustaría que te cuente algo de Toscana, para que sepas qué hombres vivían allí, y cuán avanzados estaban en el conocimiento de Dios omnipotente?

PEDRO: En verdad, te lo pido insistentemente.

IX. Bonifacio, obispo de la ciudad de Ferentino

GREGORIO: Había un hombre de una vida venerable, con el nombre de Bonifacio, que en la ciudad de Ferentino ocupó el cargo de obispo, y que se mostró realmente digno de su oficio. El presbítero Gaudencio, que todavía vive, cuenta sobre él muchos milagros. Puesto que él había sido formado en su servicio, su testimonio es tanto más verídico, cuanto él fue a la vez testigo y actor.

2. Esta Iglesia de Ferentino vivía en una extrema pobreza, y ésta es la condición favorable para mantener a las almas buenas en la humildad. Su única fuente de recursos era una viña que un día fue devastada de tal modo por el granizo, que solamente en un pequeño número de vides quedaban apenas unos escasos y pequeños racimos. Cuando el muy reverendo obispo Bonifacio entró en la viña, dio gracias efusivamente al Dios todopoderoso, porque vio que ahora se hallaba en apuros a causa de su total pobreza.

Pero como ya era el tiempo justo para que los racimos que habían quedado pudieran madurar, Bonifacio puso, conforme a su costumbre, un guardián en la viña, ordenándole que la cuidara con solícita vigilancia.

3. Un buen día le mandó al presbítero Constancio, su sobrino, que preparara todas las botellas del obispado, y que untara con pez todos los barriles, igual que en los años anteriores. Cuando su sobrino, el presbítero, escuchó esto, se extrañó muchísimo a causa de esta orden aparentemente insensata: ¡que preparara las botellas, cuando no había vino! Sin embargo, no se atrevió a solicitar una explicación de esta medida. Obedeció y preparó todo como de costumbre.

Entonces el hombre de Dios entró en la viña, recogió los racimos, los llevó al lagar, ordenó que todos salieran y se quedó allí solo en compañía de un pequeño niño. Hizo entrar al niño en el lagar y pisar aquellos pocos infortunados racimos. Después, con sus propias manos recogió en una pequeña vasija lo poco de vino que salió y lo repartió, como en forma de bendición, en todos los barriles y en todas las botellas que habían sido preparados. Aquel chorrito de vino apenas alcanzó para echar un diminuto residuo de líquido en todos los recipientes.

4. Cuando había volcado así en todas partes una gota del vino nuevo, llamó a su sacerdote y le ordenó que hiciera venir a los pobres.

Entonces el vino empezó a subir en el lagar, de modo que pudo llenar todos los recipientes que habían traído los pobres. Cuando vio que éstos estaban ampliamente satisfechos, hizo salir al niño del lagar, cerró la bodega, la aseguró dejándola sellada con su propio sello, y se fue en seguida a la iglesia.

Tres días después llamó al sacerdote Constancio, y después de haber rezado abrió la bodega. Vio que los recipientes, en los que había volcado aquella ínfima cantidad de líquido, rebosaban de vino, de tal manera que éste habría desbordado e inundado el suelo, si el obispo hubiera tardado un instante más en entrar.

5. Entonces ordenó al sacerdote con amenazas que nunca jamás hablara a nadie de este milagro, mientras que él viviera. Él temía que hubiera podido ser alcanzado ligeramente por la vanidad interior, debida a la popularidad que le habría causado este hecho maravilloso, capaz de engrandecerlo en lo exterior delante de los hombres. Además, él seguía el ejemplo del Maestro, que para instruirnos a anhelar la humildad, ordenó a sus discípulos en lo que se refería a él, que no hablaran de ninguna manera acerca de lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos (ver *Mt* 17,9).

6. PEDRO: Puesto que aquí se presenta una ocasión oportuna, quisiera preguntarte por qué nuestro Redentor, después de haber devuelto la vista a dos ciegos, les ordenó que de eso no hablaran con nadie; *pero ellos, apenas salieron, difundieron su fama por toda aquella región* (*Mt* 9,31). ¿Acaso el Hijo unigénito, coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, deseó algo que no haya podido realizar, o sea, no era capaz de mantener en secreto este milagro del que él quería que se callara?

7. GREGORIO: Nuestro Redentor, todo lo que ha hecho en su cuerpo mortal, nos lo entregó como ejemplo para nuestra conducta, a fin de que siguiendo sus huellas, conforme a nuestras fuerzas débiles y sin tropezar con nuestras acciones terrestres, avancemos en el camino de la vida. Cuando hizo el milagro, ordenó que no hablaran de él de ninguna manera, y a pesar de todo se habló de él, para que así sus elegidos, siguiendo los ejemplos de su enseñanza, tengan la voluntad de ocultar las cosas grandes que están haciendo, pero que en provecho de los demás ellas sean publicadas forzosamente. Así alcanzan para sí una gran humildad, porque desean que sus obras queden ignoradas, y a la vez un gran provecho, porque sus obras son publicadas. El Señor, en

consecuencia, no ha querido algo sin ser capaz de que se cumpliera, sino que dio un ejemplo de su doctrina, para enseñarnos acerca de lo que deben querer sus miembros, y de lo que les puede suceder aún en contra de su consentimiento.

PEDRO: ¡De acuerdo con lo que dices!

8. GREGORIO: Todavía algunas palabras, algunos recuerdos, sobre la obra del obispo Bonifacio. Puesto que estamos evocando su memoria, hemos de considerar aún lo que sigue.

Una vez estaba cerca la fiesta del mártir san Próculo. En el lugar vivía un hombre noble llamado Fortunato, que con gran insistencia pidió al venerable obispo que pasara por su casa para darle la bendición, después de haber celebrado la misa solemne en honor del bienaventurado mártir. El hombre de Dios no pudo negar lo que le exigía la caridad a causa del pedido de Fortunato.

Así, después de haber celebrado la misa solemne, acudió a la mesa de Fortunato. Pero antes de haber rezado un himno a Dios, se presentó delante de la puerta un hombre con un mono, y al mismo tiempo golpeó un címbalo: era uno de esos bufones acostumbrados a pedir el sustento de su vida. El santo varón, disgustado a causa de este ruido, dijo: "¡Ay, ay! ¡Este hombre miserable está muerto; este hombre miserable está muerto! Yo he venido a la mesa para comer, todavía no he abierto los labios para alabar a Dios, y él, llegando con su mono, golpeó el címbalo". Sin embargo, agregó: "Vayan, y por caridad denle de comer y de beber. Pero yo les digo que está muerto".

9. Este hombre infortunado, después de haber recibido pan y vino de la gente de la casa, quiso salir por la puerta, cuando de repente una enorme piedra cayó desde el techo sobre su cabeza. Aplastado por el golpe, fue levantado y apartado del lugar ya casi muerto. Y al día siguiente, según la sentencia del hombre de Dios, se murió.

Pedro, debemos considerar qué respeto hay que manifestar a los santos, puesto que son templos de Dios. Y cuando un santo se siente provocado a la cólera, ¿quién entonces es excitado a la ira sino el que habita en este templo? Tanto más hay que temer la indignación de los justos, cuanto en su corazón está presente Aquel que tiene el poder de inferir la sanción que le parece adecuada.

10. En otra ocasión, su sacerdote y sobrino Constancio vendió

su caballo por doce monedas de oro. Las puso en su caja fuerte y salió ocupado en otro asunto. Imprevistamente llegaron al obispado unos pobres, pidiendo insistentemente que el obispo san Bonifacio socorriera su indigencia, dándoles alguna cosa. El hombre de Dios no tenía nada para darles. Muy afligido empezó a buscar una salida, a fin de que los pobres no tuvieran que salir de allí sin haber recibido nada. De golpe se le ocurrió que Constancio, su sacerdote y sobrino, había vendido su caballo de silla, y que debía de haber guardado el precio en su caja fuerte. En la ausencia de su sobrino se fue a donde estaba la caja, y piadosamente violento forzó su cerradura, tomó las doce monedas de oro y se las repartió entre los pobres, según mejor le pareció.

11. Luego, el sacerdote Constancio volvió de su asunto, halló su arca quebrada, sin encontrar allí el dinero que había recibido por la venta del caballo. Comenzó a gritar con gran alboroto y a aullar completamente furibundo: "¡Todos aquí pueden vivir; yo soy el único, en esta casa, que no dispone de los medios para vivir!". A este parloteo acudieron el obispo y todo el personal del episcopado. El hombre de Dios trató de tranquilizar a su sobrino con suaves palabras, pero él le contestó en son de amenaza: "¡Todos viven contigo; yo soy el único, aquí, que no puede vivir contigo! ¡Devuélveme mi dinero!".

12. Impactado por este griterío, el obispo entró en la iglesia de la bienaventurada siempre virgen María, y extendiendo su manto, elevó las manos y comenzó a pedir de pie, que pudiera recibir la gracia de calmar la locura del sacerdote enfurecido. Al dirigir la mirada sobre el manto, por entre sus brazos extendidos, descubrió de repente en uno de sus pliegues doce monedas de oro tan resplandecientes, como si hubieran salido del crisol en ese mismo instante.

13. Saliendo en seguida de la iglesia, las arrojó hacia el sacerdote enfurecido y le dijo: "¡Aquí tienes las monedas que buscaste! Pero has de saber que después de mi muerte, tú no serás obispo de esta Iglesia, a causa de tu avaricia". Esta grave sentencia conduce a pensar que el sacerdote tenía la intención de destinar esas monedas para pagar su promoción al episcopado. Pero la palabra del hombre de Dios prevaleció: su sobrino Constancio terminó la vida desempeñándose como simple sacerdote.

14. En otra ocasión vinieron dos Godos para solicitar la hospi-

talidad de Bonifacio, alegando que estaban dirigiéndose hacia Rávena. Él les dio un pequeño recipiente de madera lleno de vino, que tal vez les podría servir para un desayuno en el camino. Ellos se sirvieron de él hasta llegar a Rávena, bebiendo conforme a la costumbre conocida de los Godos. Durante varios días permanecieron en la ciudad, sirviéndose del regalo del santo varón para su ración diaria. Hasta el momento en el que volvieron a Ferentino junto al padre venerable, en ningún día habían dejado de beber. Sin embargo, el vino de este pequeño recipiente nunca les faltó, como si, en este pequeño vaso de madera que el obispo les había dado, el vino no hubiera tenido solamente un aumento, sino un verdadero nacimiento.

15. Recientemente llegó también de esta región hasta nosotros un anciano clérigo, que nos contó sobre el obispo Bonifacio ciertas cosas que no debemos pasar por alto.

Dijo que un buen día Bonifacio entró en un huerto hallándolo cubierto por una gran cantidad de orugas. Al ver que todas las legumbres iban destruyéndose, se dirigió hacia las orugas: "¡Las conjuro en el nombre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, que salgan de aquí y no coman más de estas legumbres!". Al instante, en virtud de las palabras del hombre de Dios, todas salieron. Ni una sola se quedó dentro de todo el recinto del huerto.

16. Pero, ¿por qué maravillarse de los prodigios que estamos narrando? Ellos datan de la época de su episcopado, cuando él ya había madurado junto a Dios omnipotente en dignidad y en la vida ascética. En cambio, lo que podría ser más admirable, es lo que este clérigo anciano atestiguó con respecto a la juventud de Bonifacio.

Efectivamente dijo que, en el tiempo en el que como niño vivía con su madre, cuando salía de la casa, de vez en cuando volvía sin la camisa y frecuentemente hasta sin la túnica, porque en cuanto encontraba a alguien desnudo, lo vestía desvistiéndose a sí mismo, con el fin de ser revestido, ante los ojos del Señor, con su gracia. Su madre solía increparlo muchas veces, diciendo que no era razonable que él, siendo a su vez pobre, regalara su ropa a los pobres.

17. Un día, ella entró en el granero y vio que casi todo el trigo, que ella había preparado como provisión para todo el año, había sido expendido por su hijo en favor de los pobres. Ella se castigó a sí misma con bofetadas y golpes de puño, por haber perdido así casi todas sus

provisiones del año. Entró de improviso Bonifacio, el niño de Dios, e intentó consolarla con sus palabras más insinuantes. Puesto que ella no admitió ninguna palabra de consuelo, él le rogó que saliera del granero en el que, de todo el trigo, había quedado muy poco. El niño de Dios se puso a rezar. Salió poco después y acompañó a su madre de vuelta al granero, al que encontró más rebosante de trigo que antes, cuando ella se alegraba de haber recogido lo necesario para todo el año. Al ver este milagro, la madre misma, arrepentida, empezó a permitirle que pudiera regalar, puesto que él podía recibir tan rápidamente lo que pedía.

18. Ella solía criar gallinas en el patio, delante de su casa, pero un zorro que venía de las cercanías se las llevaba. Un día en el que el joven Bonifacio se hallaba en este patio, el zorro vino según su costumbre y se llevó una gallina. Bonifacio se fue en seguida a la iglesia y, postrándose en oración, dijo en alta voz: "¿No te importa, Señor, que yo no pueda comer de la cría de mi madre? Porque las gallinas que ella alimenta, se las come el zorro". Él se levantó después de la oración y salió de la iglesia. Poco después volvió el zorro, soltó la gallina que tenía agarrada entre los dientes, y cayó muerto a su vez bajo la mirada de Bonifacio.

19. PEDRO: Es del todo admirable cómo Dios se complace en atender las oraciones de los que confían en Él, aun en asuntos de poca importancia.

GREGORIO: Esto, Pedro, es la consecuencia de una sabia disposición de nuestro Creador. A causa de las cosas pequeñas que recibimos, debemos esperar otras más grandes. El niño santo y sencillo fue atendido en cosas de poca importancia, para que aprendiera en lo pequeño, cuánto tenía que esperar de Dios para asuntos de gran alcance.

PEDRO: Me convence lo que me estás diciendo.

X. Fortunato, obispo de la ciudad de Todi

GREGORIO: Otro hombre que se destacaba por su vida venerable en este mismo país, fue Fortunato, obispo de la Iglesia de Todi, que gozaba de la gracia de tener un inmenso poder para ahuyentar a los malos espíritus. A veces expulsaba legiones enteras de demonios de los cuerpos de posesos, y en virtud de su celo por practicar la oración constante, triunfaba sobre la muchedumbre de ellos que a él se oponía.

El amigo íntimo de este hombre fue Juliano, defensor de nuestra Iglesia, el que no hace mucho murió en esta ciudad. Por él me he enterado de lo que voy a contar. Muchas veces, él estaba presente en los acontecimientos de la vida cotidiana de Fortunato, y por consiguiente guardaba en la boca, como dulce miel, estos recuerdos que han de servir para nuestra ilustración.

2. Una noble señora de la región vecina de Toscana tenía una nuera. Poco tiempo después del casamiento de esta última, la señora fue invitada, junto con su nuera, para tomar parte en la dedicación de la capilla del mártir san Sebastián.

Durante la noche que precedió a la dedicación de esta capilla a la que ella debía ir, la joven esposa, vencida por el deseo carnal, no pudo abstenerse de la relación sexual con su marido. A la mañana, el deleite consumado de la carne espantó su conciencia, pero el decoro la obligaba a presentarse en la capilla. El respeto humano fue más fuerte que el temor del juicio de Dios, y así ella partió junto con su suegra para asistir a la dedicación de la capilla.

Pero en cuanto las reliquias del mártir san Sebastián fueron llevadas a la capilla, el espíritu maligno se apoderó de la nuera de esta señora y comenzó a atormentarla delante de todo el pueblo.

3. El sacerdote de la capilla, al ver a la mujer atormentada violentamente, sacó en seguida un mantel del altar y la cubrió. Pero al instante el diablo se apoderó también de él. Es que al querer presumir de un don que excedía sus fuerzas, tuvo que reconocer, al verse así maltratado, lo poco que valía en realidad. Los que estaban presentes sacaron a la joven fuera de la capilla y la llevaron a su casa.

4. El antiguo enemigo ejercitó sobre ella sus continuas vejaciones. Sus parientes, que sentían hacia ella solamente un amor carnal, la acosaban a fuerza de este amor y, para conseguir su curación, la entregaron a los hechiceros, a riesgo de destruir totalmente su alma, con el pretexto de mejorar temporalmente su salud corporal mediante los recursos de la magia. Con este fin, ella fue llevada al río y sumergida en el agua, y allí los hechiceros se afanaban, con sus interminables encantamientos, por hacer salir al diablo que se había apoderado de ella. Pero a causa de una admirable disposición de Dios omnipotente, mientras que por aquella maniobra perversa un solo demonio fue expulsado, al instante toda una legión hizo irrupción en ella (ver *Mc* 5,9; *Lc* 8,30). A

partir de este momento, ella empezó a agitarse con tantas sacudidas y a proferir tantos gritos y exclamaciones, cuantos espíritus estaban allí para posesionarse de ella.

5. En este momento, después de entrar en consejo, sus parientes reconocieron su falta contra la fe, y llevándola al venerable obispo Fortunato, se la confiaron. Después de haberla acogido, él se dedicó a la oración durante unos cuantos días y unas cuantas noches. Se esforzó por rezar con tanto mayor empeño, cuanto sintió en contra suyo dentro de un solo cuerpo, el frente de batalla de toda una legión. Después de varios días él la devolvió de tal modo sana y salva, como si el diablo jamás hubiera ejercido sobre ella ningún derecho de propiedad.

6. En otra ocasión, el santo siervo de Dios omnipotente expulsó de un hombre un espíritu inmundo. Este espíritu maligno, antes del anochecer, eligió la hora despoblada de hombres y, disfrazado de peregrino, se puso a dar vueltas por las calles de la ciudad y a gritar: "¡Oh, el santo obispo Fortunato! ¡Fíjense en lo que ha hecho: ha echado de su casa a un peregrino! Estoy buscando un lugar para descansar, y en su ciudad no encuentro ningún sitio".

Entonces un hombre que estaba calentándose, junto con su esposa y su pequeño hijo, en su casa, al lado de las brasas, al oír la queja de aquel hombre, y para saber lo que el obispo le había hecho, lo invitó a entrar en su casa y a sentarse a su lado junto al fuego. Y mientras que charlaban, el espíritu maléfico asaltó al pequeño niño y lo arrojó en las brasas, causando así de inmediato su muerte. Injuriado, el infeliz padre pudo reconocer por una parte a quién él había recibido, y por otra, a quién el obispo había expulsado.

7. PEDRO: ¿Qué tenemos que opinar en este caso? ¿El antiguo enemigo se atreve a cometer un asesinato dentro de la casa de quien, en virtud de la hospitalidad, lo ha invitado a su hogar, por considerarlo como peregrino?

GREGORIO: Muchas cosas, Pedro, tienen la apariencia de ser buenas, pero no lo son, porque no se han hecho con la debida intención. A este respecto, la Verdad afirma en el Evangelio: *Si el ojo está enfermo, todo el cuerpo estará en tinieblas* (*Mt* 6,23). Porque, dado que la intención inicial es perversa, es depravado todo lo que sigue, aunque tenga la apariencia de ser correcto. Así a mí me parece que este hombre que aparen-

tando ejercer la hospitalidad, ha sido privado de su hijo, no había obrado movido por la bondad, sino por la falta de respeto para con su obispo. El castigo que siguió, pone en evidencia que la acogida precedente no estaba exenta de culpa. Porque hay quienes buscan hacer el bien con la intención de deslucir el mérito de las acciones de los demás: ellos no se complacen en el bien que hacen, sino en la alabanza de este bien con la que destruyen a los demás. En nuestro caso considero que este hombre, que recibió como huésped al espíritu nefasto, pensó más en la vanagloria que en la obra de caridad porque, presuntuosamente, aparentaba obrar mejor que el obispo, puesto que había acogido a aquel que el hombre de Dios, Fortunato, había echado de su casa.

PEDRO: En efecto, es así como tú dices. Porque el resultado del episodio demuestra que en el procedimiento faltaba la recta intención.

8. GREGORIO: En otra ocasión, un hombre había perdido la potencia visiva de sus ojos. Lo llevaron a Fortunato. El hombre pidió y obtuvo el favor de su intercesión. Porque en cuanto el varón de Dios, después de haber rezado, hizo el signo de la cruz sobre sus ojos, al instante le fue devuelta la claridad de la luz, y la noche de la ceguera desapareció.

9. Otra historia: el caballo de un soldado se había puesto rabioso, de una rabia tal que apenas si podía ser sujetado con la fuerza de unos cuantos hombres. A los que podía atacar, los desgarró con sus mordeduras. Finalmente, sujetado de cualquier manera por todos, fue llevado al hombre de Dios. Éste hizo, con la mano extendida, el signo de la cruz sobre su cabeza, y en el acto el caballo cambió toda su rabia en mansedumbre, de tal modo que resultó más tranquilo que antes de aquella rabia furiosa.

10. Entonces el soldado, al ver a su caballo transformado de su locura instantáneamente, por el poder de un milagro, se decidió a obsequiarlo al hombre santo, el cual rechazó el ofrecimiento. Pero el soldado insistió con sus ruegos para que el regalo no fuera despreciado. El santo varón optó por una solución intermedia: escuchó benévolamente la insistencia del soldado, pero no estuvo conforme en aceptar una recompensa por un milagro. Ofreció, como condición previa, un precio conveniente, y después aceptó el caballo que le fue ofrecido. Si no lo hubiera aceptado, habría ofendido al soldado. Incitado por su delicadeza, compró el caballo que no le era necesario.

11. Acerca de estos milagros, no debo callar lo que he oído decir hace unas dos semanas. Me han presentado a un anciano pobre, y yo me he sentido siempre fascinado por la conversación con los ancianos. Le pregunté con interés de dónde venía, y él me contestó que venía de la ciudad de Todi. "Te pregunto, padre –le dije–, ¿has conocido al obispo Fortunato?". Él respondió: "Ah, sí, lo conocí muy bien". A lo que yo repliqué: "Dime por favor si conoces algunos milagros de él. Hazme caso y dame a conocer qué hombre fue él".

12. "Este hombre –dijo el anciano– se diferenció del todo de los hombres que vemos actualmente. Porque cualquier cosa que pidió de Dios omnipotente, la consiguió de inmediato. Yo voy a contar uno solo de sus milagros, que en este momento se me ocurre. Un día, los godos llegaron a las cercanías de la ciudad de Todi. Apurándose por llegar a la región de Rávena, habían arrebatado a dos niñitos pequeños de una propiedad que dependía de la ciudad de Todi.

13. Cuando el asunto fue comunicado al santísimo varón Fortunato, de inmediato envió a alguien para que hiciera venir hacia él a estos godos. Los saludó afablemente, tratando primero de aplacar su aspereza, y luego abordó el tema de su objetivo principal: «Les daré el precio que ustedes exigen, pero devuelvan a los niños que se han llevado. ¡Que el favor de ustedes me otorgue este regalo!». Entonces el que parecía ser el jefe, respondió: «Pide otra cosa, no importa cuál, y nosotros estamos dispuestos a concedértela, pero a estos niños no los devolveremos de ningún modo». El hombre venerable lo amenazó con suavidad: «Me causas pena, porque no escuchas a tu padre. No trates de contristarme, porque ello podría causarte alguna desgracia». Pero el godo se quedó aferrado a su decisión brutal y se retiró con la negativa.

14. Al día siguiente volvió otra vez al obispo para despedirse definitivamente. Con las mismas palabras, Fortunato le rogó nuevamente por estos niños. ¿Devolverlos? ¡Ni idea! El godo no quiso consentir a ello de ninguna manera. Con tristeza, el obispo contesto: «Yo sé que no será para tu provecho, si no me haces caso». Pero el Godo, no teniendo en cuenta en absoluto estas palabras, volvió a su cuartel, hizo montar en caballos a los niños por los que Fortunato había intercedido, y los despachó delante suyo junto con sus hombres. Él también subió a su caballo y siguió de inmediato.

En Todi, al llegar frente a la iglesia del bienaventurado apóstol

Pedro, su caballo se resbaló, él se cayó junto con el caballo, y su muslo se quebró de modo que el hueso quedó dividido en dos partes. Lo levantaron y lo llevaron al cuartel. Rápidamente hizo volver a los niños que había despachado delante suyo, y mandó decirle al venerable varón Fortunato: «Te ruego, padre, que me envíes a tu diácono».

15. El diácono llegó junto al enfermo postrado. Éste hizo venir a los niños que se había negado categóricamente a devolver al obispo, y se los entregó al diácono con estas palabras: «Vete, y dile a mi señor el obispo: «Porque me has maldecido, he sido herido; pero recibe ahora a estos niños por los que has rogado, e intercede por mí, te lo pido». El diácono recibió a los niños y los llevó al obispo. El venerable Fortunato le dio en seguida agua bendita y le dijo: «Vete rápido y rocía al herido». El diácono se fue, entró junto al Godo y le roció el muslo con el agua bendita. ¡Cosa del todo sorprendente y milagrosa! Apenas el agua bendita tocó el muslo del godo, las partes del hueso fracturado se unieron, y el muslo quedó restituido a su estado anterior. Al instante, el hombre se levantó del lecho, subió al caballo y continuó su viaje, como si nunca hubiera sufrido un accidente. El asunto se arregló de esta manera: aquel que no había querido someterse a la obediencia ni devolver a los niños al santo varón Fortunato por el precio del dinero, los dio gratuitamente, subyugado por el castigo".

16. Después de este cuento, el anciano deseaba referir aún otras historias sobre Fortunato. Pero habían llegado algunas personas de cuya dirección espiritual yo me había encargado, y el día ya tocaba a su fin. No pude escuchar por más tiempo otros relatos sobre los hechos del venerable Fortunato, de los que siempre me gusta enterarme en cuanto es posible.

17. Pero el otro día, el mismo anciano me contó sobre él un suceso aun más admirable. Me dijo: "Había en la ciudad de Todi un hombre que se destacaba por su bondad, llamado Marcelo, y que vivía con sus dos hermanas. Cayó enfermo y murió al atardecer del sagrado día del Sábado Santo. Su cuerpo, que debía ser trasladado bastante lejos, no pudo ser enterrado el mismo día. En vista de este retraso del sepelio, sus hermanas, afligidas por su muerte, acudieron llorando al venerable Fortunato y clamaron a voz en grito: «Sabemos que observas la vida de los apóstoles, que purificas a los leprosos y que devuelves la vista a los ciegos. Ven y resucita a nuestro muerto». Desde que él se había enterado del fallecimiento del hermano de ellas, también él se puso a llorar

por su muerte y les respondió: «¡Retírense y no hablen de esta manera! Ésta es la voluntad de Dios omnipotente, a la que ningún hombre se le puede oponer». Mientras que ellas se retiraron, el obispo permaneció muy triste a causa de su muerte.

18. Al día siguiente, el domingo, antes del amanecer, llamó a sus dos diáconos, se fue a la casa del difunto, entró en el lugar donde yacía el cuerpo exánime, y allí se puso a rezar. Terminada la oración, se levantó y se sentó junto al cuerpo del difunto. A media voz llamó al muerto por su nombre: «¡Mi hermano Marcelo!». Y él, como ligeramente dormido y despertado por esa voz cercana y a la vez suave, abrió los ojos, y mirando hacia el obispo dijo: «¡Oh! ¿Qué has hecho? ¡Oh! ¿Qué has hecho?». A lo que el obispo contestó: «¿Qué he hecho yo?». Y Marcelo respondió: «Ayer vinieron dos que me sacaron de mi cuerpo y me llevaron a un lugar hermoso. Pero hoy ha sido enviado uno para decir: Llévenlo de vuelta, porque el obispo Fortunato ha venido a su casa». Después de haber pronunciado estas palabras, se recobró en seguida de la enfermedad y permaneció en esta vida durante mucho tiempo".

19. No hemos de creer, por lo demás, que perdió el hermoso lugar que había obtenido. No cabe duda de que, gracias a las oraciones de su intercesor, pudo vivir mejor después de la muerte quien ya antes de esa muerte había procurado agradar al Señor omnipotente.

Pero, ¿para qué extendernos respecto de la vida de Fortunato, puesto que actualmente poseemos la documentación de tantos milagros realizados junto a su tumba? En efecto, él libera a los endemoniados y cura a los enfermos, cada vez que la gente se lo pide con fe. Así como acostumbraba a hacerlo mientras vivía, del mismo modo continúa haciéndolo constantemente allí donde se halla su osamenta.

20. Pero yo quisiera, Pedro, enfilar la temática de mis cuentos otra vez hacia la provincia de Valeria, porque con respecto a ella he podido enterarme de muy notables milagros, y eso de la boca del venerable Fortunato, de quien hice mención mucho más arriba (ver III,5 etc.: Fortunato, abad del monasterio de los Baños de Cicerón). Él viene a visitarme frecuentemente, y aún ahora, cuando me habla de los hechos de los antiguos, me siento colmado cada vez de una nueva satisfacción.

XI. Martirio, monje de la provincia de Valeria

En esta provincia vivía un hombre llamado Martirio, un siervo muy devoto de Dios omnipotente, que hizo como testimonio de su virtud el siguiente milagro.

Un día, sus hermanos estaban cociendo un pan debajo de la ceniza y habían olvidado grabar en él el signo de la cruz, puesto que era costumbre en esta provincia marcar los panes amasados con un trozo de madera, de suerte que parecían estar divididos en cuatro partes. Llegó el siervo de Dios y fue advertido por los hermanos de que el pan no había sido señalado con la cruz. El pan ya estaba debajo de las brasas y cubierto por la ceniza. "¿Por qué no lo han marcado?", preguntó Martirio, y al decir esto, trazó con el dedo el signo de la cruz en dirección de las brasas. En este mismo momento se oyó, desde el lugar donde se hallaba el pan, un gran estallido, como si se hubiera roto un gran vaso dentro del fuego. Después, cuando el pan estaba cocido, lo sacaron del fuego y vieron que estaba marcado con una cruz, trazada no por el contacto, sino por la fe.

XII. Severo, presbítero de esta misma provincia

En esta región hay un valle que se llama Valle de Interorina, y al que muchos en su dialecto lugareño llaman Valle de Interocrina. Allí se destacó un hombre por su vida del todo admirable. Se llamaba Severo y era sacerdote de la iglesia de la bienaventurada madre de Dios y siempre virgen María.

Había llegado el último día de la vida de un padre de familia, y éste le hizo llegar al sacerdote, por medio de mensajeros enviados de prisa, el pedido de que viniera a verlo con la mayor prontitud posible. Tendría que interceder con sus oraciones por sus pecados, y él haría penitencia por sus maldades, para así poder expirar liberado de sus culpas.

Ocurrió que el sacerdote estaba ocupado en la poda de su viña. Él dijo a los mensajeros: "Vayan adelante, y yo les voy a seguir". Viendo que le quedaba muy poco que hacer para terminar su trabajo, se demoró algún tanto para poner fin a esta tarea tan insignificante. En cuanto había terminado, se puso en camino para ver al enfermo. Pero en el camino, se encontró con los que antes habían venido a verlo. Le salieron al paso diciendo: "¿Por qué has tardado, padre? No te apures más, porque ya ha muerto". Al escuchar estas palabras, él empezó a temblar, y a voz en grito empezó a acusarse como culpable de la muerte.

2. Sollozando llegó junto al cuerpo del difunto, y delante de su lecho cayó en tierra anegado en lágrimas. Llorando fuertemente, dio golpes con la cabeza contra el suelo y exclamó que él era el culpable de su muerte. Entonces, de repente, el que estaba muerto recobró la vida. Al ver esto, todos los numerosos asistentes se pusieron a gritar de estupor, y después empezaron, aún con mayor fuerza, a llorar de alegría.

Preguntaron al resucitado dónde había estado y de qué manera había vuelto. Él dijo: "Unos hombres horribles y espantosos me conducían. De su boca y nariz salía un fuego que yo no podía soportar. Cuando me estaban conduciendo a través de lugares oscuros, de repente, mientras que caminábamos acompañados por otros más, un joven de hermosa apariencia vino a nuestro encuentro y dijo a los que me conducían: «Lleven a éste de vuelta, porque el sacerdote Severo está llorando. El Señor lo ha entregado a sus lágrimas»".

3. Severo se levantó en seguida del suelo y le ayudó, mediante su intercesión, a hacer penitencia. Durante siete días, el enfermo resucitado hizo penitencia por sus faltas cometidas. El día octavo, del todo alegre, abandonó su cuerpo.

Te ruego que reflexiones acerca de este suceso: ¡Con qué atención el Señor trató a su amado siervo Severo! No aguantó que él estuviera triste ni siquiera por un momento.

4. PEDRO: Estos hechos son realmente admirables, y me doy cuenta de que hasta este momento yo no sabía nada de ellos. ¿Pero cómo puede ser que en la actualidad ya no se pueden encontrar hombres de esta talla?

GREGORIO: Por mi parte, Pedro, creo que en este siglo y aún ahora siguen existiendo muchos hombres iguales a aquéllos. No se puede decir que no son iguales que ellos, aludiendo que no hacen los mismos milagros. Porque el criterio verdadero acerca del valor de una vida se funda en la virtud que se manifiesta en las obras, y no en la ostentación de hechos milagrosos. Hay muchos que no hacen milagros, pero que sin embargo no son inferiores a quienes los realizan.

5. PEDRO: Dime, por favor: ¿Cómo es posible demostrar que hay hombres que no hacen milagros, y que sin embargo no son diferentes de los que los hacen?

GREGORIO: ¿No sabes acaso que el apóstol Pablo, en calidad de príncipe de los apóstoles, es hermano de Pedro, del primero de los apóstoles?

PEDRO: Claro que lo sé, no puede haber duda, ya que, si bien es el más pequeño de todos los apóstoles (ver *1 Co* 15,9s), no obstante trabajó más que todos.

GREGORIO: Te acordarás bien: Pedro pudo caminar sobre el mar (ver *Mt* 14,28s), mientras que Pablo, en el mar, sufrió el naufragio (ver *2 Co* 11,25). Así que sobre el mismo elemento por donde Pablo no pudo pasar con un barco (ver *Hch* 27,14-38), allí Pedro lo hizo caminando a pie. Resulta, pues, evidente que el poder de los dos fue diferente en cuanto al milagro, pero que el mérito de los dos no es diferente en el cielo.

6. PEDRO: Es del todo acertado lo que dices, lo reconozco. Y ahora me doy cuenta con certeza de que hay que indagar la vida y no los milagros. Pero puesto que los milagros que siguen realizándose, dan testimonio de una vida buena, te ruego una vez más que me informes acerca de los que aún pueda haber, para alimentar mi hambre con ejemplos de hombres buenos.

7. GREGORIO: Quisiera contarte, en alabanza del Redentor, una parte de los milagros del hombre venerable Benito. Pero para dar cumplimiento a este propósito, me doy cuenta de que el tiempo que hoy nos queda, no puede alcanzar. Dispondremos, por consiguiente, de mayor libertad, si con este fin nos reservamos otra ocasión.

FIN DEL LIBRO PRIMERO